

Temes de sociolingüística japonesa

Antologia de textos del llibre:

Language and Society in Japan

Nanette Gottlieb

PID_00154391



Universitat Oberta
de Catalunya

www.uoc.edu

Índex

1. Capítulo 3	5
2. Capítulo 4	21

Nota

Els capítols que formen aquest mòdul són traducció del llibre: *Language and Society in Japan* de Nanette Gottlieb.

© Cambridge University Press 2005. Reproduïts amb permís de l'editor. Queda prohibida qualsevol altra reproducció sense l'autorització prèvia de l'editor.

Capítulo 3. Idioma e identidad nacional: perspectivas en evolución

En este capítulo examinaremos las primeras conexiones ideológicas declaradas entre el idioma y la identidad nacional y especularemos acerca de cuáles podrían ser las variaciones más recientes. Durante el período moderno de Japón, el idioma (a menudo confundido con el sistema de escritura) ha constituido un símbolo de identidad cultural variable. El contraste de pareceres acerca de cómo debería evolucionar el idioma azuzó e incluso crispó el debate durante el siglo xx, a medida que las exigencias históricas en continuo desarrollo otorgaron una nueva importancia al papel del idioma tanto en la modernización como en la forma en que Japón se relacionaba con el resto del mundo. Aquí vamos a abordar los puntos de vista más importantes que se han planteado acerca del papel que la lengua de Japón ha desempeñado en la construcción de una identidad cultural singular en relación al momento y sus circunstancias, incluyendo también las de hoy en día.

Identidad personal y nacional en un Japón en vías de modernización

Situándonos al inicio del período moderno de Japón, en el año 1868, podríamos decir que las prácticas idiomáticas en uso de aquellos tiempos hubieran clasificado con claridad a cualquier persona en términos de clase y localización. Como vimos en el capítulo 1, la división premoderna de Japón en múltiples dominios aislados daba lugar a una sociedad altamente fragmentada y a una complicada red de dialectos regionales. Las variaciones dialectales podían llegar a ser extremas: por ejemplo, los dialectos de Kagoshima, en el sur, y de Sendai, en el nordeste, eran mutuamente ininteligibles (Hattori 1960: 733). Ninguno de los dialectos, ni siquiera los de Kyoto o Edo, fue oficialmente designado como idioma normalizado, cosa que no sucedería hasta 1916. Aunque, de hecho, tales dialectos hicieron las veces de lengua franca para aquellos que disponían de recursos para viajar. En el seno de cada dominio, por supuesto, el dialecto local *era* el idioma de uso común en la región, utilizado en la comunicación habitual entre sus habitantes, cuyas posibilidades de poder comunicarse con hablantes de los dialectos de otras regiones, dadas las restricciones de movilidad, eran escasas. Cualquier japonés sería, pues, identificable en términos de región de procedencia según el dialecto que hablara.

En términos de japonés escrito, el sistema de escritura entonces en uso marcó en gran medida la identidad en términos de clase social. No sólo la ortografía, sino también los géneros estilísticos revelaban si un usuario pertenecía a la élite ilustrada. Durante el período pre-moderno, “ilustrado” era sinónimo de las clases altas, los aristócratas y los *samurais*, que eran los úni-

cos que recibían educación oficial en las escuelas del dominio, en las cuales los alumnos estudiaban los clásicos chinos y la escritura de los innumerables caracteres. Aquellos que no formaban parte de las clases altas no eran necesariamente analfabetos; muy al contrario, el autoaprendizaje entre los habitantes de los pueblos y aldeas floreció en las *terakoya* o escuelas de los templos, las bibliotecas de préstamo hicieron su agosto (ver Kornicki 1998) y, durante el período pre-moderno tardío, Japón gozó de un índice de alfabetización superior al de Europa. La creciente influencia ejercida por la clase mercantil durante los siglos XVIII y XIX propició un rápido crecimiento del número de escuelas para las clases más humildes tanto en las áreas rurales como en las urbanas, impartándose en ellas formación básica en lectura, escritura y matemáticas, junto con formación moral y ocupacional. Algunos plebeyos adquirieron tan sólo un nivel elemental de alfabetización, mientras que otros desarrollaron una capacidad avanzada de lectura y escritura, aunque habitualmente sólo en ciertas áreas.

Durante el período pre-moderno, no era inusual que un hombre de clase alta e ilustrado (nótese que utilizo deliberadamente la palabra “hombre” en lugar de “persona”) estuviera familiarizado con los clásicos chinos, fuera capaz de leer y escribir en *kambun* (chino-japonés) y en *sōrōbun* (su equivalente epistolar) y en general conociera también los clásicos japoneses y sus convenciones literarias. La escritura (o al menos la idea entonces predominante entre los hombres ilustrados del lenguaje escrito de la vida pública) estaba lejos de ser una aproximación simple al habla trasladada a papel; las diversas variantes del japonés escrito formal se aferraban a las tradiciones clásicas, que se asemejaban muy ligeramente al lenguaje hablado. Estas variedades o estilos se conocen hoy día conjuntamente como *bungotai* (estilos literarios basados en las formas clásicas), para diferenciarlos del *kōgotai*, el moderno estilo coloquial escrito basado en el japonés hablado en la actualidad, aunque sin ser idéntico a él. El *kōgotai* de nuestros días no existía a inicios del período moderno. Se desarrolló durante los periodos Meiji y posteriores, como consecuencia de los cambios sociales que se produjeron durante la modernización de Japón y que pusieron de manifiesto la necesidad de un lenguaje escrito democrático que remplazara las convenciones existentes, que acarreaban consigo fuertes reminiscencias de la estructura de poder y los valores del período feudal.

Para comprender la naturaleza del japonés escrito por aquel entonces y de su vínculo con la identidad, debemos hacer un rápido repaso de las cuatro normas de escritura entonces en uso: *kambun* (chino-japonés), *sōrōbun* (estilo epistolar), *wabun* (japonés clásico) y *wakankōbun* (un estilo que combinaba elementos tanto del chino como del japonés). Todos ellos, aunque durante los siglos hubieran ido incorporando nuevos elementos léxicos, se enraizaban con firmeza en el uso de las arcaicas normas literarias y expresiones idiomáticas: *kambun* y *sōrōbun* en el chino clásico y *wabun* en el japonés clásico. El *wakankōbun* combinaba ambas tradiciones, pero incorporaba

también una fuerte carga de elementos contemporáneos que lo hacían menos arcano (para obtener ejemplos e información detallada sobre la historia del desarrollo de cada uno de estos cuatro estilos, ver Twine 1991a).

El chino-japonés era la forma de escritura utilizada en los documentos oficiales, las críticas y exposiciones, los ensayos históricos y críticos, las traducciones de literatura occidental a principios de la era Meiji y en general en la formación de las clases altas. El término *kambun* (literalmente “escritura china”, refiriéndose al idioma chino en la forma utilizada en Japón) engloba en realidad varios tipos distintos de escritura china o influenciada por el chino presentes en Japón, incluidos el *jun kambun* (chino puro, o un intento japonés de escribir el chino como idioma extranjero utilizando el orden de las palabras empleado en el chino) y el *kambun kundoku* (chino leído como japonés con la ayuda de diacríticos y glosas que indican el orden y la pronunciación de las palabras, o escrito completamente como japonés con una combinación de caracteres chinos y *katakana* fonético japonés).

Nos podemos preguntar por qué el chino jugó un papel tan influyente en el japonés escrito, hasta descubrir que en el siglo VI, Japón, que carecía de sistema de escritura propio, adoptó junto con el budismo el sistema de escritura del chino, durante un período de intenso intercambio cultural. Originariamente, el chino se escribía en Japón como un idioma extranjero. No obstante, con el tiempo se derivaron de los caracteres chinos sistemas tales como la escritura fonética *kana*, con el fin de abarcar tanto las características gramaticales del japonés no presentes en el chino como la pronunciación japonesa de las palabras que los caracteres representaban. Parecería a todas luces natural que el papel del chino se hubiera ido diluyendo una vez los japoneses desarrollaron sistemas de escritura propios, pero eso no sucedió. El uso del chino o de alguno de sus derivados era sinónimo de erudición y prestigio. En consecuencia, los hombres prefirieron seguir escribiendo de ese modo, y la escritura *kana* basada en el habla japonesa clásica quedó relegada a las mujeres. El *kambun*, apreciado por su concisión y su tono formal erudito, gozó de un prestigio mayor que el de otras formas de escritura hasta bien entrada la era Meiji, reforzado durante todo ese tiempo por el renacimiento de los estudios sobre Confucio en el shogunato Tokugawa.

El *sōrōbun* utilizaba como cópula el verbo *sōrō*. Los hombres utilizaban este estilo en su correspondencia tanto pública como privada. Mientras que el *kambun* seguía siendo patrimonio exclusivo de las clases altas, el *sōrōbun* (descendiente de una forma modificada del chino clásico desarrollado en Japón durante la Edad Media) era utilizado por los plebeyos tanto en su correspondencia como en registros y notificaciones públicas. La educación de los plebeyos incluía clases de *sōrōbun*, aunque su marcada influencia del chino dificultaba extremadamente su dominio. Escrito originariamente utilizando exclusivamente caracteres chinos, al principio de

la era Meiji el *sōrōbun* había evolucionado hasta transformarse en una mezcla de caracteres y *katakana*.

Por otra parte, el *wabun* no procedía del chino, sino que tuvo su origen en la literatura cortesana del período Heian (794-1192). El desarrollo de los alfabetos *kana* antes del siglo XIX permitió a la minoría cultivada escribir en japonés de una manera aproximada a la forma en que se hablaba. No obstante, como ya hemos comentado, el prestigioso sistema de escritura chino siguió siendo el utilizado por los hombres, mientras que a los *kana* se les denominó *onnade*, la escritura de las mujeres. Las damas de la corte utilizaron los *kana* para escribir los primeros grandes clásicos de la literatura japonesa, entre ellos *La historia de Genji*, conocida como la primera novela de la historia. La suave elegancia heredada de la poesía japonesa confirió al *wabun* una predilección por el circunloquio y el eufemismo, con largas y sinuosas frases muy distantes de la brevedad del *kambun*; un léxico extraído en su mayoría del vocabulario nativo del japonés y una marcada preferencia por el uso de recursos tan retóricos como las palabras pivote. Los términos honoríficos, escasos en el *kambun*, eran abundantes en el *wabun*. En la era Meiji temprana, el *wabun* fue utilizado por las mujeres en su correspondencia, por los hombres en su correspondencia con mujeres o parientes cercanos, por las damas de la corte en sus diarios, que se habían convertido en una tradición desde los días de *La historia de Genji*, por eruditos neoclásicos en sus ensayos y también en algunas traducciones.

El cuarto estilo literario principal, el *wakankōbun*, era básicamente *kambun kundoku* suavizado mediante la mezcla con japonés clásico, e incorporaba también coloquialismos del siglo XI en adelante. Este estilo se convirtió en el principal estilo literario de propósito general fuera de las parcelas en las que el *kambun*, el *sōrōbun* y el *wabun* eran de uso obligado. Sus usos eran múltiples y variados: sermones budistas, obras teatrales, cuentos de hadas, baladas-drama, ciertos géneros de ficción del período Tokugawa, los diálogos de las novelas populares, poemas en prosa y ensayos. Su gramática conservaba aún las reminiscencias de una era ya pasada y su núcleo lo integraba el chino, pero la familiaridad que el uso de expresiones japonesas le confería lo hizo popular entre los muchos ciudadanos eruditos de la era Tokugawa.

Volviendo a la cuestión de la identidad que nos ocupa, tenemos que tanto la variante idiomática hablada que un individuo utilizaba como su grado de alfabetización y de conocimiento de las anteriores convenciones literarias hubieran bastado para discernir de qué parte de Japón era originario dicho individuo y si el nivel cultural que poseía lo identificaba como de clase alta o baja. Este hecho, no obstante, iba a cambiar a medida que transcurría la era Meiji, de la mano de una veloz y global transición de lo viejo a lo nuevo. Hicieron una rápida y sucesiva aparición un sistema postal nacional (1871), un sistema nacional de educación (1872) y un moderno sistema de comunicaciones que incluía redes de ferrocarril, telégrafo y teléfono. Los periódicos

y revistas proliferaron a partir de 1870. El levantamiento de las antiguas restricciones sobre la movilidad y la elección de empleo trajeron consigo una nueva libertad de interacción y movilidad social. A nivel nacional, comunitario y personal, la vida cambió hasta un punto jamás experimentado anteriormente.

Los cambios en el idioma durante ese período reflejaron lo que en general estaba sucediendo en la sociedad. El idioma escrito basado en las convenciones clásicas y en la noción de clase, que la súbita abolición del anterior sistema de clases estructurado en cuatro capas convirtió en superfluo, cayó inevitablemente en un minucioso proceso de análisis que permitiera dilucidar si representaba una ayuda o un estorbo para el proceso de modernización. Se hacía necesario un nuevo estilo de escritura basado en el habla moderna que todo el mundo pudiera leer y escribir y que estuviera basado en un idioma normativo que fuera impartido y utilizado a lo largo y ancho del país. Era necesario revisar y renovar la ortografía: el deletreo de los *kana* basado en la época clásica, aún utilizado, debía ser sustituido por un sistema optimizado que reflejara el habla moderna, y debía asimismo ponerse un límite al número de caracteres chinos de uso diario a utilizar y a impartir en las escuelas. Los defensores de la reforma lingüística argüían que estos cambios simplificarían el sistema educativo al reducir el tiempo necesario para aprender a leer y a escribir, facilitarían la total alfabetización y propiciarían el surgimiento de un idioma susceptible de ser hablado y escrito de forma relativamente uniforme en todo Japón.

Aunque desde nuestra perspectiva histórica esta postura puede parecer del más elemental sentido común, en aquel momento tuvo sus detractores. De hecho, con la posible excepción del idioma normativo, estas reformas fueron ferozmente combatidas. El japonés coloquial había sido durante mucho tiempo considerado demasiado vulgar y prolijo para ser utilizado en la escritura, excepto cuando los diálogos de las ficciones populares lo requerían. La sugerencia de basar el estilo moderno de escritura en el habla contemporánea era visto como una afrenta a la creencia, mantenida durante siglos, de que el *kambun* y el *wabun*, junto con sus derivados, eran las únicas formas de escritura posibles para las personas ilustradas y de sensibilidad refinada. Sugerir la racionalización de la ortografía en uso equivalía a rechazar siglos de tradición literaria y cultural. En definitiva, el idioma era considerado un icono cultural sagrado que encarnaba todo lo bueno y verdadero en la cosmovisión de los proclives a mantener el *statu quo*. Dado que los que así reaccionaron eran en gran medida los mismos que ostentaban el poder, pasó largo tiempo antes de que el problema de la reforma lingüística fuera realmente considerado, aunque durante las postrimerías del siglo XIX las reformas tanto estilísticas como de los sistemas de escritura fue de tanto en tanto debatida en periódicos y revistas.

El principal motor del desarrollo de un estilo de escritura moderno durante ese período fue la incipiente y pujante novela japonesa. Debido a que autores como Futabatei Shimei (1864-1909), los escritores de la escuela naturalista tardía y los grandes antinaturalistas abordaron el tema de la alienación y el trauma psicológico experimentado por sus personajes en el nuevo Japón, el desarrollo de una nueva manera de escribir lo suficientemente flexible y contemporánea como para expresar adecuadamente cuestiones personales acerca de la identidad y el cambio se reveló como algo perentorio. La obra de Futabatei *Ukigumo* (*Nubes flotantes*, 1887-1889) se considera por lo general la primera novela moderna importante, tanto porque Futabatei, bajo la influencia de la teoría literaria rusa, utilizó nuevas técnicas de realismo psicológico al retratar la agitación interna del personaje principal, como porque para ello en este texto utilizó por primera vez el dialecto de Tokio, debido a que la única forma de plasmar de una manera realista los pensamientos del personaje era a través del idioma utilizado en el día a día. Autores posteriores tales como Yamada Bimyō (1868-1910), Shimazaki Tōson (1862-1943) y otros, a través de sucesivas oleadas de tentativa literaria, desarrollaron y refinaron aún más el estilo, hasta que hacia 1920 el estilo coloquial moderno alcanzó la perfección como medio literario en los trabajos del grupo de autores Shirakaba, estilo que a partir de entonces ejerció una influencia indiscutible en la novela. Fuera de los círculos literarios, y espoleados por su revelación de que de hecho *era* posible crear un estilo escrito refinado basado en el habla, en 1910 se habían realizado ya diversos progresos en la simplificación del lenguaje utilizado en los libros de texto, en la década de 1920 los periódicos abandonaron los estilos tradicionales y finalmente en la década de 1940 el estilo coloquial se utilizó en los documentos oficiales y los decretos gubernamentales.

De toda esta sucesión de acontecimientos podemos deducir que la relativamente estática relación entre el idioma y la identidad que eran válidas en 1868 empezaron a alterarse durante las siguientes décadas a medida que las antiguas estructuras sociales se desmoronaban y emergían nuevas maneras de hacer las cosas. El idioma se convirtió en un elemento importante de la identidad del nuevo japonés “moderno” en varios sentidos, distinguiéndolo(la) como ciudadano(a) de un estacionamiento emergente y moderno en donde un único idioma comprendido (en teoría, al menos) por todos los ciudadanos actuaba como fuerza unificadora, y en el cual el tipo de lenguaje escrito que un ciudadano podía encontrar en la prensa y utilizar en su vida diaria se veía sometido a un escrutinio cada vez más intenso. A nivel genérico, los conceptos relativos a la identidad personal en relación con el idioma siguieron cambiando durante este periodo, sometidos a la tensión de los puntos de vista opuestos sobre cuál debía ser la función del idioma y qué debería representar. A medida que las estructuras del pasado cambiaban, lo hacían también, aunque a un ritmo mucho más lento, las mentalidades acerca del habla y la escritura.

La identidad personal no iba a tardar en ser vinculada a la identidad nacional a través del idioma. En la década de 1890, después de la victoria japonesa sobre China en la guerra chino-japonesa (1894-1895), el sentimiento nacionalista revitalizó el interés por las cuestiones idiomáticas. De entre todos los que en aquel tiempo participaron en el debate destaca Ueda Kazutoshi, a quien ya conocimos en el capítulo 1. Ueda acababa de volver a Japón después de finalizar sus estudios sobre lingüística occidental en Alemania. Estaba fuertemente influenciado por el punto de vista occidental que relegaba a la escritura a un segundo plano respecto del habla y por lo tanto lo consideraba un recurso mejorable y no un icono sagrado que no debe manipularse. Como orador en temas de lingüística en la Universidad Imperial de Tokio y posteriormente responsable de la Oficina de Educación Especial del Ministerio de Educación, volcó todas sus energías en tratar de influenciar al gobierno para que creara un organismo que se dedicara a la investigación y la supervisión de la implementación de una forma normalizada del japonés escrito basada en el lenguaje hablado contemporáneo, como ya vimos en el capítulo 1. Lo que le motivó más que ninguna otra cuestión fue la conexión que vio entre la identidad nacional y el tratamiento del idioma. El idioma japonés, afirmaba, puede en gran medida mejorarse con la adopción de una forma normal del idioma y del estilo coloquial de escritura. Ueda no creía que tal cosa constituyera una manipulación de la tradición o la destrucción de un icono cultural respetado; muy al contrario, refinar el idioma nacional (que él describía como la sangre espiritual que ligaba a todo el pueblo de Japón) significaba para él tratarlo con respeto. El idioma japonés, como la marca identitaria del estado y de sus gentes, debe ser respetado y protegido, pero no permitiendo su estancamiento sino realizando las modificaciones adecuadas a las circunstancias (Ueda, 1894). Un idioma normalizado y un estilo moderno de escritura eran, bajo su punto de vista, independientes y ambos esenciales para el futuro desarrollo del idioma en el Japón moderno.

Hemos visto alguna de las maneras en que el idioma se relacionó con los cambiantes puntos de vista sobre la identidad en el Japón metropolitano durante este convulso periodo. Los problemas identitarios de los ainu y de los habitantes de Okinawa eran, por supuesto, mucho mayores. Obligados a ejercer de “japoneses” en la empresa de establecer las fronteras geográficas del estado-nación, fueron asimilados hasta el punto de no permitirseles recibir educación en sus propios idiomas. Para estos sectores de la sociedad japonesa, la identidad como ciudadano japonés equivalía a la eliminación de la identidad personal a través de la seña de identidad más íntima de todas: el idioma propio.

Las cuestiones relacionadas con el idioma durante la era Meiji, por lo tanto, constituyeron un símbolo del Japón modernizado: un símbolo de la identidad personal y posteriormente también de la identidad como

asunto nacional. Sin embargo no todo el mundo vio estas cuestiones de la misma manera; muchos de los que ostentaban el poder u ocupaban posiciones influyentes rechazaron la idea de un cambio manipulado del idioma. Las campañas de petición de la reforma de los sistemas de escritura que empezaron a aflorar en las décadas de 1870 y 1880 tuvieron una oposición tan vehemente como lo fue el desarrollo de un estilo escrito moderno. Los caracteres chinos habían formado la base del japonés escrito desde el siglo VI. Durante los siglos transcurridos se habían convertido no ya en una forma de escritura, que podía modificarse según las circunstancias lo requirieran, sino en una institución cultural de enorme peso, báremo de erudición y símbolo de poder y prestigio. Aquellos que habían abrazado tales valores con respecto al sistema de escritura se oponían por lo tanto con gran firmeza a cualquier intento de racionalización. Como veremos en la siguiente sección, el idioma (lo cual en gran medida se refería a los caracteres) empezó a utilizarse como icono del ultranacionalismo bajo un gobierno militarista.

Idioma e identidad ultranacionalista

Hemos visto que durante la era Meiji aquellos que sostenían que el idioma representaba algún tipo de conexión inefable con la herencia de Japón y sintetizaba la indescriptible pero singular esencia del espíritu japonés se las ingeniaron para erradicar la idea de que el idioma podía ser modificado, aunque a medida que los tiempos avanzaron los novelistas y personas como Ueda y sus seguidores consiguieron refutar este argumento. A pesar de todo, esas personas siguieron ostentando posiciones de poder en el gobierno, y era el gobierno el organismo a través del cual debía aprobarse cualquier cambio del código legal. Como veremos en el capítulo 4, las propuestas de reforma del sistema de escritura que los cuerpos normativos sobre el idioma establecidos a principios del siglo XX presentaron al gobierno fueron sistemáticamente rechazadas.

El debate sobre si la reforma lingüística constituía un ataque a los valores nacionales se centró en el sistema de escritura hasta un punto mucho más allá de lo que podría esperarse. En cierto modo, por supuesto, dada la complejidad de la ortografía en aquel tiempo, el hecho de que la atención estuviera puesta sobre el sistema de escritura era algo completamente natural, pero por otro lado también era un sarcasmo, dado que los caracteres, después de todo, procedían de China y no de Japón. Existe en Japón una muy extendida tendencia a confundir idioma y sistema de escritura, tendencia que aún hoy persiste (ver, por ejemplo, Brown 1985 y Unger 1987: 98-104). Los debates acerca de la dificultad del japonés se centran invariablemente en el sistema de escritura. El ultranacionalismo que se desarrolló y se tornó cada vez más poderoso a principios del siglo XX jugó por lo tanto un papel reaccionario en términos de idioma. Bajo este punto de vista, no era posible desvincular el *statu quo* del idioma de cierto tipo particular

de identidad sin dañar ambos de forma irreparable. En los años que siguieron al Incidente de Manchuria de 1931, cuando los japoneses ocuparon Manchuria y el poder e influencia de los militares creció, el clima político e intelectual de Japón se vio fuertemente influenciado por los militares de extrema derecha. Dos conceptos específicos fundamentaban su punto de vista sobre el idioma.

El primero de ellos, el *kokutai* (identidad nacional), significó “el desarrollo de un patrón inequívoco de unidad nacional en torno al emperador” (Mitchell 1976:20). Este término y sus connotaciones se envolvieron en un aura casi mística del nacionalismo, hasta el punto de que un libro publicado en 1937 por el Ministerio de Educación llamado *Kokutai no Hongi (Fundamentos del Kokutai)* fue prohibido en las escuelas durante la posterior ocupación aliada de Japón (1945-1952). Uno de los pilares del *kokutai* lo constituía el *kotodama*, “el espíritu del idioma japonés”, un término utilizado para designar una conexión indisoluble entre el idioma japonés único y la esencia del espíritu japonés. Los caracteres chinos en particular, santificados durante siglos de uso en Japón, eran especialmente venerados. Sólo era posible expresar el pensamiento japonés a través del sistema de escritura existente, que tanta tradición atesoraba; por tanto, no es extraño que cualquier intento de manipulación de dicho sistema de escritura fuera considerado una vulneración traidora del propio *kokutai*. Allí donde el nacionalismo había proporcionado un estímulo positivo para la tarea desarrollada por Ueda y otros en la remodelación del idioma a raíz de la primera guerra chino-japonesa, el ultranacionalismo actuaba ahora como un obstáculo a la reforma del idioma, con el argumento de que tal reforma constituiría un ataque a la identidad nacional de los ciudadanos de Japón.

Durante este periodo, por lo tanto, los ciudadanos japoneses recibían constantes consignas a través del sistema educativo y la prensa que les recordaban el vínculo entre idioma y herencia, la inefable esencia de ser japonés. El uso del japonés no sólo los distinguía como japoneses en términos corrientes, sino como un importante eslabón en la cadena del sistema *kokutai*, parte de un todo místico segregado del resto de pueblos y vinculado a través de los siglos con los orígenes de la tradición nacional creando un nexo que, en aquellos momentos, era considerado el escultor de la identidad más que ningún otro elemento. La identidad aquí estaba conceptualizada no como algo fluido y dotado de múltiples facetas sino como algo estático e inalterable, sólido pero al mismo tiempo vulnerable al ataque. Tales ataques eran repelidos con firmeza, tanto por el gobierno, que rechazó propuestas de reforma del sistema de escritura, como en algunos casos por la policía: en junio de 1939 por ejemplo, algunos estudiantes de la universidad de Waseda partidarios de la sustitución de los caracteres por el alfabeto occidental fueron acusados de antinacionalismo y arrestados por la policía secreta (Kitta 1989:53). Queda patente que en ese tiempo sólo estaba permitida una forma de identidad.

El idioma y el ciudadano del imperio

De forma paralela a los acontecimientos relatados anteriormente, el idioma japonés empezó a jugar un importante papel en las dos colonias de Taiwán (1895-1945) y Corea (1910-1945). Este hecho añadió una nueva dimensión a la identidad tanto lingüística como de otros tipos de los japoneses, la que adquiere un ciudadano de una potencia colonial cuyo idioma es utilizado más allá de sus propias fronteras. En Taiwán se adoptó la política de la asimilación, según la cual la enseñanza del japonés acaparaba la mayor prioridad, con el triple propósito de proporcionar un idioma normalizado para la comunicación entre los grupos de índole dispar que habitaban la isla, elevar el nivel cultural de los taiwaneses y asimilarlos mediante la enseñanza del modo japonés de hacer las cosas (Tsurumi 1967:133). La experiencia que Japón adquirió en Taiwán sirvió posteriormente como modelo para su política lingüística en Corea, en donde el japonés fue de nuevo utilizado como lengua vehicular de la educación, con el fin de asimilar al pueblo de Corea tanto espiritual como culturalmente como súbditos del emperador.

A finales del año 1942, Japón tenía tres tipos de territorio bajo su control: las dos colonias y el protectorado de Micronesia, que Japón conservaba desde 1922; áreas como Manchuria y el norte de China bajo el control nominal de un gobierno títere, y las zonas ocupadas militarmente en el sudeste de Asia, conocidas como el Nanpō (región del sur). Con la Esfera de Co-prosperidad de la Gran Asia Oriental japonesa así establecida, el idioma japonés iba a ser desplegado para dotar a los pueblos del Asia Oriental de un nivel de comprensión y respeto del “espíritu japonés” con el fin de que se transformaran en leales súbditos del emperador. El japonés no debía ser visto como un idioma extranjero sino como el idioma común de toda la Esfera de Coprosperidad, un flanco de la histórica creación de un nuevo orden que, en virtud de su naturaleza como lengua franca para la comunicación y el intercambio comercial, reconciliaría a los diferentes pueblos de esta vasta región (Etō 1943: 66-68). El japonés, y no el chino, era la elección natural para desempeñar este papel, no sólo por la fuerza política y cultural de Japón sino también por la intrínseca superioridad del propio idioma (Shinohara 1944:24). La influencia del *kotodama* se extendía ahora más allá de las fronteras japonesas.

Muchos fueron los que en esa época pensaron que el japonés estaba llamado a convertirse en un idioma mundial como el inglés o el francés en la escena internacional. Un escritor, por ejemplo, hizo la observación de que Pearl Harbor había puesto al japonés en el camino de convertirse en un idioma internacional; de la misma manera que el inglés se había transformado en un idioma internacional tras la victoria inglesa sobre España, el japonés se pondría pronto a su misma altura una vez el Japón hubiera derrotado a los Estados Unidos (Tsurumi 1942:3-5). La íntima relación existente entre las estrategias para extender el japonés y para construir un

nuevo orden mundial se convirtió en uno de los temas predilectos. La responsabilidad de la enseñanza del japonés en las dos colonias recaía en los generales a cargo del gobierno general colonial. En los territorios ocupados tras el estallido de la Guerra del Pacífico en 1941, los militares (concretamente el cuerpo de propaganda de la Oficina del Estado Mayor) recibieron el encargo de la difusión del idioma. Se formaron profesores, se escribieron libros de texto, se debatieron las metodologías y la enseñanza del japonés como idioma extranjero fue impulsada mediante la publicación de los hallazgos de las actividades de investigación relacionadas. El tema principal de los libros de texto, dado que el propósito era ganar súbditos para el emperador, consistía en el retrato de la vida en el Japón, en lugar de abordar asuntos locales. En las colonias, el japonés era el *kokugo*, el idioma nacional. En Manchuria su estatus era el de uno de los idiomas nacionales; en las áreas de China bajo el control del gobierno títere era un idioma extranjero, y en el sudeste de Asia y Micronesia era impartido como asignatura obligatoria en la escuela. La dicotomía entre el *kokugo* (japonés para japoneses) y el *nihongo* (japonés para extranjeros) abordada en el capítulo 1 puede apreciarse en los títulos de los libros de texto, por ejemplo *Nihongo Tokuhon* (libro de lectura en japonés) producido para su uso en China.

Una vez finalizada la guerra, la enseñanza del japonés fuera de Japón, o al menos la patrocinada por el propio país, se vería paralizada; de hecho se produjo un movimiento de rechazo en los territorios que habían sufrido ocupación, aunque los signos de las políticas culturales coloniales perduraron en Corea y Taiwán durante bastante tiempo. El tipo de identidad concedido a los usuarios del japonés durante los años anteriores había sido doble: súbdito obediente del emperador y consumidor de cultura japonesa por un lado, y súbdito obediente del emperador y amo colonial/imperial por otro. Lo que iba a suceder después, no obstante, iba a erradicar con creces los puntos de vista ultranacionalistas sobre el idioma y la identidad, ya que el final de la guerra anunciaba una nueva era en política y una nueva visión de los ciudadanos de Japón y de sus derechos lingüísticos.

El idioma y el ciudadano soberano

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, el idioma se transformó en una expresión de la nueva identidad de Japón como una sociedad democrática liberada del yugo del ultranacionalismo y el imperialismo que la habían abocado al conflicto. El máximo exponente de este hecho lo constituyó por supuesto la nueva Constitución, hoy llamada la “Constitución de la Paz”, promulgada en 1946 durante la ocupación aliada de Japón. El principal cambio de esta constitución con respecto a la anterior constitución Meiji datada en 1889 fue el hecho de que la soberanía residía ahora en el pueblo de Japón y no en el emperador, tal como el artículo 1 dejaba claro de buen principio: “El emperador será el símbolo del Estado y de la unidad del pue-

blo, emanando su posición de la voluntad del pueblo, en quien reside el poder soberano”.

El siguiente pasaje, aunque se enmarca en un contexto relacionado con Okinawa, sintetiza la sensación de enajenación desde la invención del *kotodama* que las secuelas de la guerra inspiraron en relación con la identidad:

“Si miramos a Okinawa a través de la definición de patriotismo constitucional de Jurgen Habermas, después de las terribles experiencias de la Violación de Nanking y la Batalla de Okinawa (en particular, los suicidios masivos de no combatientes), queda claro que no se puede esperar de los ciudadanos japoneses que busquen el sentido de la identidad en la “línea imperial ininterrumpida” o el “bello idioma japonés”, que al fin y al cabo no son más que ideas desarrolladas por el gobierno. La identidad del pueblo japonés sólo puede hallarse en el modelo de ciudadano japonés definido por la constitución japonesa de posguerra.”

Aikyo (1998:7)

En términos lingüísticos, este cambio de perspectiva se hacía patente en el hecho de que la nueva constitución, el documento legal supremo de la nación, no sólo estaba escrita en japonés moderno sino en la actual combinación de *kanji* e *hiragana*, y no en los antiguos *kanji* y *katakana* de los documentos oficiales (ver Twine 1991b). Uno de los responsables de este cambio fue Yamamoto Yūzō (1887-1974), un novelista y dramaturgo profundamente interesado en las cuestiones idiomáticas, quien arguyó que existía un fuerte vínculo entre democracia e idioma. Un editorial publicado el 20 de noviembre de 1945 en el importante periódico *Asahi Shimbun* buscaba inculcar en los redactores de la nueva constitución la importancia de aferrarse a esta oportunidad para producir un documento que no estuviera escrito en *kambun* sino en un estilo que todo el mundo pudiera entender: era esencial que, en un Japón en donde la democracia se estaba convirtiendo en una realidad de la mano de la liberación de la mujer y la rebaja de la edad electoral, el documento que constituía la fuente de las leyes de la nación fuese abierto y accesible a todos. Al subsiguiente período de debate le sucedió una capitulación del Ministro de Estado, que llevó a algunos a especular con la idea de que quizá el ministro hubiera pensado que el uso del estilo coloquial en la Constitución, aunque supusiera una ruptura radical con la tradición, le concedería por lo menos la apariencia de documento escrito originariamente en japonés, y no la traducción de un original en inglés. La constitución fue, pues, redactada en japonés moderno.

El ciudadano japonés de posguerra se vio potenciado no sólo por el cambio de su estatus a depositario de la soberanía sino también por el cambio en el idioma escrito que le permitía, una vez recibida la formación pertinente, leer las leyes del territorio sin demasiada dificultad. El vínculo entre idioma e identidad en el plano de relación nación-individuo nunca había sido tan fuerte. Una segunda parcela para la cual esta conexión fue subrayada, o ciertamente publicitada, durante la ocupación, la constituyeron las largamente postergadas reformas del sistema de escritura. Liberado de décadas de dominio del ala derecha, que había desencadenado la represión de las propuestas formuladas antes de la guerra (ver Gottlieb 1995 y Seeley 1991), el revitaliza-

do Consejo de la Lengua Nacional, que había entrado en declive a partir de 1942, recibió la aprobación del gobierno para iniciar el proceso. El vínculo entre idioma y democracia era un tema recurrente: ¿cómo iban a participar eficazmente en la vida pública las gentes sobre cuyos hombros descansaba ahora la soberanía si durante su período de formación no habían recibido el nivel de instrucción adecuado para seguir el debate político en los periódicos? Se hizo palpable que había llegado la hora de hacer algo con el sistema de escritura, de darle una nueva forma más optimizada y acorde con los tiempos. En términos de la reforma del sistema de escritura, el argumento de la democracia significaba que, puesto que los complejos caracteres chinos eran una reliquia de la antigua clase dominante, éstos debían ser cambiados (su número limitado, las formas y el número de posibles lecturas simplificados) de forma que todo mundo los pudiera manejar con facilidad. La consigna *kokugo wa kokumin zentai no mono* (nuestro idioma pertenece a *todo* el pueblo) pudo oírse ha menudo durante ese periodo. Las reformas del sistema de escritura que veremos en el capítulo 4 se acometieron inmediatamente.

¿A qué tipo de persona japonesa concernían las nuevas reglas del sistema de escritura? A aquellas personas que, sin pertenecer a ninguna minoría, pudieran tomar parte en el debate público en virtud de su capacidad para leer sin demasiada dificultad, que pudiera invertir más tiempo en formación en otras materias gracias a la paulatina reducción del tiempo necesario para aprender a leer y que no se viera ya restringido por la mano muerta de un sistema de escritura y un idioma escrito que reflejaban los valores y estructuras del poder feudal. En definitiva, los cambios en el idioma escrito reflejaron la transición de un estado imperialista a la democracia del propio Japón, independientemente de cuán objetada haya sido la naturaleza de tal democracia entonces y ahora.

Por supuesto, aquellos que sostenían los viejos puntos de vista sobre el idioma y el sistema de escritura no habían desaparecido por el simple hecho de haber perdido el poder. Esperaron su oportunidad hasta ser capaces de pergeñar el revocamiento político parcial de algunas de las reformas. Aunque en el trasfondo psicológico de las reformas del sistema de escritura acometidas tras la guerra habitaba el anhelo de romper con el pasado, esto a su vez alimentó la sensación de que, aunque ciertamente las reformas habían dado lugar a una forma de disociación política, habían llevado también a una muy poco deseable disociación cultural respecto de la cultura literaria de antes de la guerra que debía ser corregida. En el capítulo 4 veremos cómo esto sucedió.

¿Ciudadano del mundo?

Una vez recobrado Japón del desastre de la guerra y de los años de desolación que la siguieron, la economía empezó a crecer con fuerza. Hacia mediados de la década de 1970, el idioma estaba empezando a ser considerado un símbolo

de poder económico y a convertirse en el sujeto de la promoción de la política cultural. En 1972 se creó la Japan Foundation en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores con el ánimo de promocionar la cultura japonesa internacionalmente, y como veremos en el capítulo 4, gran parte de sus actividades se dedicaron a impulsar el estudio del idioma japonés en el extranjero en el convencimiento de que “el pilar principal del intercambio cultural internacional (es) la enseñanza del idioma” (Japan Foundation Nihongo Kokusai Sentaa 2000). El número de estudiantes de japonés en todo el mundo se dobló sobradamente entre 1988 y 1993, y en 1999 la cifra había alcanzado aproximadamente los 2 millones. Para los antijaponeses de este periodo, estas actividades equivalían a una especie de imperialismo cultural; para aquellos que buscaban beneficiarse del milagro económico japonés en términos de empleo, supusieron una manera de aumentar sus expectativas de empleo en una compañía japonesa.

Por lo tanto, un hipotético ciudadano japonés medio de este período podría ser descrito, en términos de identidad lingüística afectiva, como alguien que busca el reconocimiento de su idioma en consonancia con el poderío económico de su país. Otros imperios económicos han visto sus idiomas extendidos mucho más allá de las fronteras del poder de la metrópoli, ¿por qué no el japonés? No obstante, al mismo tiempo, y como ya vimos en el capítulo 1, este período de mayor prosperidad proporcionó la tranquilidad necesaria para la introspección no realizada durante los convulsos años de la posguerra y vio el florecimiento de la literatura Nihonjinron, que entró en conflicto con la búsqueda del reconocimiento exterior debido a su insistencia en que el idioma japonés era singularmente difícil y que sólo los japoneses (e incluso a veces ni siquiera ellos) podrían entenderlo por completo. El idioma desde esta perspectiva funcionó como una barrera lingüística, en la cual el idioma, la raza y la cultura estaban inseparablemente vinculados.

Este periodo, por tanto, vivió algo parecido a una ruptura identitaria. Por un lado, los japoneses se podían considerar como personas cada vez más cosmopolitas, en el sentido de que su idioma era ahora promocionado en el extranjero cada vez con más ahínco, con una voluntad de asimilación por parte de quienes veían en él el camino hacia la futura prosperidad o de quienes cuyo interés en la cultura japonesa, espoleados por la moda y la cultura popular, les impulsó a aprender el idioma para poder sumergirse en el estudio de Japón. El gobierno era proclive a fomentar el reconocimiento del idioma en la escena internacional, y fue durante este período cuando se planteó por primera vez la idea de que el japonés debía convertirse en uno de los idiomas oficiales de las Naciones Unidas, como reconocimiento de la enorme contribución económica japonesa a dicho organismo. Por otro lado se erigió contra esta idea el punto de vista Nihonhinron, ampliamente extendido entre el pueblo, según el cual los japoneses eran hablantes aislados de un idioma singularmente difícil, estaban poco dotados para el aprendizaje de

idiomas extranjeros y que ningún extranjero podría aprender adecuadamente a hablar japonés. ¿Qué hacer, entonces?

Nomoto Kikuo, del Instituto de Investigación del Idioma Nacional, planteó una novedosa pero relativamente fugaz propuesta en Tokio a finales de la década de 1980, en un tiempo en que Japón había alcanzado el cenit de su poderío económico, antes del estallido de la burbuja y la recesión que sobrevino en la década de 1990, y cuando en el interior de Japón el esfuerzo que el gobierno invertía en la *kokusaika* (internacionalización) era también grande. En este contexto, empezaron a publicarse artículos y libros que sugerían razones por las cuales el idioma de Japón debería ocupar una posición de mayor relevancia internacional. Nomoto sugirió que debería desarrollarse un tipo de *kan'yaku nihongo* (japonés simplificado), no tan complejo como el auténtico. El plan era que, con el fin de fomentar la difusión de japonés en la escena internacional y para proporcionar una versión más fácil de manejar a aquellos que buscaban utilizar el idioma en los negocios, sólo se impartiría un abanico restringido de inflexiones adjetivales y formas verbales, junto con un vocabulario básico de 1.000 palabras.

El proyecto de japonés simplificado conciliaba las dos posturas opuestas anteriormente descritas: el japonés debería convertirse en un idioma internacional, pero era demasiado difícil de aprender adecuadamente para los extranjeros. La engañosamente lógica solución a este *impasse* consistió en desarrollar una versión descafeinada con el propósito de facilitar la comunicación reduciendo la complejidad lingüística del “japonés auténtico” hasta obtener un conjunto de normas más manejable que pudiera ser asimilado por los estudiantes no japoneses del idioma: un “nosotros” y “ellos” que Nagata (1991) describió como un *apartheid* lingüístico. El proyecto, no obstante, eludió el problema de si los hablantes de una variante idiomática creada artificialmente (que en realidad era equivalente a un pidgin) tenían alguna posibilidad de aceptación en términos de igualdad por los hablantes nativos del idioma, particularmente en el mundo de los negocios, o si su credibilidad se vería irremisiblemente arruinada por las deficiencias percibidas en su japonés. A pesar de todo, la Agencia para Asuntos Culturales del Ministerio de Educación consideró en 1988 y durante varios años que valía la pena sufragar el programa, y los pertinentes materiales de formación fueron desarrollados. El proyecto fue ampliamente criticado tanto dentro como fuera de Japón y no consiguió ningún resultado sustancial.

El siglo XXI

Y finalmente, ¿cuál es la situación hoy? ¿Qué tipo de identidad puede alcanzar el ciudadano japonés de hoy día a través de su idioma? Durante los últimos 12 años aproximadamente, es probable que no se haya producido ningún cambio significativo; es decir, el japonés sigue siendo importante a efectos económicos y comerciales pero no ha hecho ningún progreso real en

la escena internacional en términos de influencia. A pesar de su reciente recesión, Japón sigue siendo una de las mayores economías mundiales pero su idioma, en comparación con idiomas tales como el inglés, el francés, el chino y el árabe, sigue gozando de un nivel pobre de reconocimiento cultural (cosa que no sucede con otras formas culturales como el *anime*, la moda, las artes marciales, el *kabuki* y los juegos de ordenador). En occidente sigue vigente la percepción de que el japonés es un idioma “demasiado duro”. A pesar de todo, como vimos el capítulo 1, el número de estudiantes en todo el mundo ha crecido. Está claro que la importancia económica del idioma no ha disminuido, como cualquier grupo de japoneses de los que frecuentan los centros turísticos podrá atestiguar después de ver los múltiples carteles en las tiendas. Una reciente película australiana, *Japanese Story (Historia japonesa)*, mostraba a ejecutivos australianos del sector de la minería recibiendo a un importante visitante japonés con discursos preparados en japonés y manejando con aplomo los problemas de intercomunicación intercultural tales como la manera correcta japonesa de manejar las tarjetas de visita. En el mundo de los negocios, el conocimiento del japonés sigue siendo una ventaja. Podríamos pensar que Internet puede haber jugado algún papel en la difusión del japonés, pero lo cierto es que el idioma japonés se utiliza muy raramente en Internet fuera de Japón.

Capítulo 4. Idioma e identidad: el enfoque de las políticas

En el capítulo 3 vimos los temas generales inherentes a la ideología del idioma y la identidad. En este capítulo discutiremos la manera en que estos temas influyeron en los enfoques de las políticas de gestión del idioma. Pocas cosas revelan más sobre la actitud de una sociedad ante el papel del idioma en la identidad nacional que los tipos de políticas lingüísticas que ésta desarrolla. Para llegar a comprender realmente el idioma en el Japón actual debemos conocer cuáles han sido las ideas oficiales del gobierno sobre el idioma, ya que las decisiones de políticas lingüísticas reflejan e intentan asimilar las implicaciones lingüísticas de los principales desarrollos sociales. Las políticas lingüísticas se originan a partir de recomendaciones realizadas por organismos gubernamentales de alto nivel creados especialmente para tratar los problemas que se consideran como relacionados con el idioma y para dirigir los futuros desarrollos. Como tales, iluminan –y algunas veces se enfrentan directamente a– las entrañables creencias de los usuarios del o los idiomas en cuestión. Los debates sobre política lingüística se intensifican (o quizás degeneran) hasta discusiones a gran escala, algunas veces sólo entre los miembros del comité y otras – como en el caso, por ejemplo, de La India en los años 1950– en la sociedad en general. Tal como veremos en este capítulo, la política lingüística del siglo XX en Japón no fue ninguna excepción.

A veces la gente asume que las políticas lingüísticas de Japón tratan únicamente sobre el idioma japonés, pero no es así. El término “política lingüística” se refiere a las estrategias específicas formuladas y aplicadas por los planificadores lingüísticos para alcanzar ciertos objetivos: restringir el número de caracteres de uso general, por ejemplo, o facilitar la enseñanza de idiomas extranjeros, en particular el inglés. Estas estrategias suelen adoptar la forma de leyes, normativas o directrices formuladas por organismos acreditados y pensadas para dirigir, cambiar o preservar la adquisición, la estructura o la asignación funcional de los códigos lingüísticos. ¿Cuál es, pues, la “planificación lingüística” en la que se basan? Por definirlo de una manera sencilla, es “la búsqueda organizada de soluciones a los problemas lingüísticos, normalmente a nivel nacional” (Fishman 1974:70). Otros la definen como “la actividad de manipular el idioma como un recurso social para alcanzar objetivos establecidos por los organismos de planificación que, en general, son las autoridades gubernamentales, educativas, económicas y lingüísticas de una zona” (Eastman 1983:29), o bien, en un sentido más restringido, como “esfuerzos deliberados para influir en los comportamientos de los demás en relación a la adquisición, estructura o la asignación funcional de su código lingüístico” (Cooper 1989:45).

La planificación lingüística y la formulación de la política lingüística tienen lugar en varias áreas del Japón actual. Los centros de atención de estas actividades reflejan los antecedentes históricos y culturales del país, la composición de su población y su posición dentro de la comunidad internacional. Este capítulo examina tres cuestiones concretas: la política lingüística relativa al idioma japonés dentro de Japón; la relativa a los demás idiomas dentro de Japón (ainu e inglés); y la relativa a la enseñanza del japonés como lengua extranjera; tanto dentro como fuera de Japón. La discusión retomará cuestiones ya tratadas en capítulos anteriores y las considerará desde un ángulo político.

El japonés como el idioma nacional

Podemos empezar por considerar la manera en que se ha desarrollado la política lingüística relativa al japonés como idioma nacional. El Japón actual tiene tras él un siglo de experiencia ganada a duras penas en la formulación de la política lingüística. El país se enfrenta a una desafiante serie de cuestiones tanto contemporáneas como futuras debido al impacto de los avances tecnológicos, como la informatización, sobre el idioma. La historia de estos desarrollos ilustra muy claramente los principales problemas relacionados con el idioma y la identidad en Japón en términos de su idioma nacional. Tal como vimos en el capítulo 3 y continuaremos explorando en este capítulo, éstos arrojan luz sobre cuáles han sido las percepciones sociales de la conexión entre idioma e identidad en términos de la identificación de los nipones como ciudadanos de una nación que se moderniza, como súbditos de un emperador durante la expansión en tiempos de guerra, como miembros de una sociedad que salía del caos posterior a la guerra hasta llegar a la opulencia, y finalmente, como miembros de la sociedad de la información.

La formulación de la política lingüística en Japón empezó en 1902, cuando el gobierno fundó un pequeño comité llamado el Consejo de Investigación del Idioma Nacional (Kokugo Chōsa Iinkai) dentro del Ministerio de Educación. Lo hizo en respuesta a un creciente mar de fondo en la opinión pública a favor de cambiar ciertos aspectos del idioma y en particular del sistema de escritura, que se creía perjudicial para el progreso del Japón moderno (ver Twine 1991a). Los que inicialmente levantaron unas esporádicas pero cada vez más vehementes voces en apoyo de las reformas de varios tipos incluían a profesores, periodistas, activistas por los derechos civiles y novelistas, la mayoría de los cuales estaban motivados por cuestiones pragmáticas relacionadas con sus propios campos. Algunos consideraban los caracteres como un enemigo del progreso porque era necesario demasiado tiempo para dominarlos, un tiempo que podía dedicarse más provechosamente, creían, a adquirir otros aprendizajes más urgentemente necesarios para el desarrollo nacional. Así pues, uno de los objetivos era la reforma de la escritura, ya fuera a través de la limitación del número de caracteres, de su completa abolición en favor del *kana* o de la adopción del alfabeto occidental, según las opiniones de

cada uno. Otros creían que para alcanzar sus objetivos era necesario desarrollar un estilo de escritura basado en el japonés oral moderno más que en las arcaicas convenciones literarias discutidas en el capítulo 3; estos objetivos podían ser la educación, la escritura de ficción contemporánea realista o la formación política de las masas. Aún otros sostenían que Japón necesitaba un idioma estándar oficial que eliminaría la multiplicidad de dialectos y uniría a la nación bajo una única bandera lingüística, lo cual fomentaría un sentimiento de unidad y de identidad nacional ahora que Japón volvía a entrar en la escena mundial después de doscientos cincuenta años de aislamiento voluntario.

Los que defendían la reforma lingüística durante el período que fue desde la restauración Meiji de 1867 hasta el cambio de siglo eran en su mayor parte intelectuales aislados cuyas opiniones no encontraron el apoyo de la mayoría. Los pequeños grupos que querían la reforma de la escritura y que se crearon en los años 1880 se demostraron poco eficaces para impulsar su entonces impopular causa. A pesar del nuevo sistema nacional de educación recientemente instituido, la erudición y la cultura (aunque no la alfabetización en sí) siguieron siendo básicamente un coto vedado de las clases altas y se demostraban a través del dominio de los estilos literarios clásicos y de un gran número de caracteres. Muchas de las formas de los caracteres eran mucho más complejas que las versiones actuales más sencillas; la ortografía *kana* se basó en el habla clásica caducada desde hacía siglos. Los conocimientos exhaustivos de los clásicos chinos eran considerados como una parte esencial de la educación de muchos de los hombres que detentaban el poder. Sugerir que las convenciones literarias y la escritura que habían formado la columna vertebral de la alta cultura durante siglos tenían que cambiarse o simplificarse era algo comparable, en opinión de muchas personas, a la herejía. Los que defendían estas ideas eran en su mayor parte ridiculizados o ignorados.

Después de la guerra chino-japonesa de 1894 a 1895, no obstante, el renacimiento del orgullo y la confianza nacionales dieron un renovado impulso a la idea de que el idioma tenía que deshacerse de sus influencias chinas y volver a sus raíces japonesas. Esto coincidió con el retorno desde Europa del primer lingüista educado en occidente, Ueda Kazutoshi (también conocido como Mannen), que fundó el departamento de lingüística de la Universidad Imperial de Tokio en el que formó a muchos de los hombres que iban a convertirse en influyentes dentro del movimiento por la reforma de la escritura del siglo XX.

En 1898, Ueda y otros fundaron la Sociedad Lingüística (Gengo Gakkai) para impulsar estas ideas. Sus miembros, junto con los del Club Genbun'itchi (formado en 1900 por la Sociedad Imperial de Educación para fomentar la divulgación del estilo escrito coloquial fuera de la literatura), solicitaron a ambas Cámaras de la Dieta que crearan un organismo gubernamental para que trabajara para alcanzar estos objetivos. Como resultado de ello, se formó

un comité inicial, pero Ueda y sus seguidores tenían unas ideas más ambiciosas y organizaron una campaña de presión sobre el Ministerio de Educación y otros políticos para que se creara un organismo nacional. Los ciudadanos del Japón moderno necesitaban un idioma que pudiera ser entendido desde un extremo del archipiélago al otro, independientemente de las diferencias dialectales locales, y un estilo escrito moderno basado en el idioma estándar y no en el chino o el japonés clásicos. Sólo así podría formarse una identidad lingüística moderna disponible para todos los japoneses. Finalmente, en 1902, el gobierno cedió.

El Consejo de Investigación Lingüística Nacional se marcó cuatro tareas: investigar la adopción de una escritura fonética, ya fuera *kana* o *rōmaji*; fomentar el uso generalizado del estilo coloquial; examinar el sistema fonémico del japonés; y escoger un idioma estándar entre todos los dialectos. A lo largo de sus once años de actividad realizó muchos de los primeros sondeos lingüísticos a gran escala de Japón, documentando y clasificando información que con el tiempo proporcionaría la base para las decisiones políticas de organismos creados posteriormente. No consiguió formular ninguna política duradera, en parte debido a la aún profundamente arraigada y generalizada oposición política a cualquier reforma lingüística de cualquier tipo. No obstante, sí alcanzó su objetivo de esbozar una forma estándar del japonés en sus gramáticas normativas, *Gramática del lenguaje hablado* (*Kōgohō* 1916) y un volumen suplementario de 1917 publicado cuatro años después de que el Consejo en sí hubiera desaparecido en una reforma administrativa. En estos libros se definía claramente el idioma estándar como el hablado actualmente por las personas cultas del distrito de Yamanote de Tokio.

¿Cuál fue el impacto general del trabajo del Consejo y hasta qué punto las corrientes políticas y sociales lo apoyaron o lo obstaculizaron? Éste alcanzó su objetivo de definir el idioma estándar porque el gobierno vio que un idioma estándar era importante para la educación, que a su vez era importante para el progreso nacional (para una discusión sobre el papel y la influencia de la estandarización del idioma, ver Joseph 1987). También consiguió fomentar el avance del estilo coloquial escrito moderno, aunque esto ya había adquirido una inercia propia en la sociedad en general. No obstante, el consejo no consiguió introducir reformas en la escritura a causa de la arraigada creencia sobre la escritura que tenían algunos poderosos miembros de la Dieta: concretamente, que el lenguaje escrito era un tesoro sagrado que bajo ningún concepto podía manosearse sin que se perdiera la herencia cultural de la nación. Paradójicamente, tal como ya sabemos, la escritura japonesa deriva completamente de la china, tanto a través de la adopción inicial de los caracteres en sí como de la posterior derivación de la escritura fonética a partir de los caracteres.

Este enfrentamiento sobre la escritura entre los lingüistas con una formación occidental que consideraban ésta como algo secundario para el idioma en sí

y los que valoraban las tradiciones lingüísticas como un icono del espíritu nacional, iba a caracterizar la planificación lingüística y la formulación de políticas durante toda la primera mitad del siglo xx. La aportación del gobierno se revitalizó en 1921 con la creación del Consejo Provisional de Investigación Lingüística Nacional (Rinji Kokugo Chōsa inkai) y su sustitución en 1934 por el Consejo Lingüístico Nacional (Kokugo Shingikai), que se encargó de las cuestiones de política lingüística hasta el año 2000. Estos dos organismos intentaron en vano convencer a la Dieta para que aceptara propuestas que limitaran el número de caracteres en uso (una preocupación de siempre de los propietarios de periódicos interesados en aumentar su tirada y de los profesores que querían reducir el tiempo necesario para enseñar los caracteres en la escuela). Los miembros del Consejo Provisional incluían a expertos (Ueda entre ellos), profesores, periodistas y escritores comprometidos con la reforma del idioma, cada uno por una serie de razones de peso propias. Las instrucciones dadas al Consejo eran encontrar soluciones a aquellos aspectos del idioma que provocaban dificultades en la vida diaria y en la educación; sus miembros decidieron, en consecuencia, concentrarse en investigar los límites en el número de caracteres, revisar la ortografía *kana* y racionalizar las convenciones escritas como las múltiples pronunciaciones que podía tener un carácter. Entre sus propuestas había una lista de 1.962 caracteres para su uso general (1923), un cambio en la ortografía *kana* basada en la pronunciación moderna de Tokio (1924), la modificación de palabras sinojaponesas para sustituir algunos de los caracteres más difíciles por otros más sencillos (1926-1929) y la simplificación de las formas de los caracteres en general (1926). Para los detalles completos de lo que se explica en la siguiente discusión, ver Gottlieb 1995 y Seeley 1991.

El gobierno no aceptó ninguna de las principales propuestas sobre los caracteres y el uso del *kana*. A pesar de ello, las primeras fueron efusivamente recibidas por veinte influyentes periódicos, que anunciaron que las adoptarían a partir del 1 de septiembre de 1923. Este plan, no obstante, se vio frustrado por el gran terremoto de Tokio, que ocurrió ese mismo día, lo que impidió que pudieran publicarse la mayoría de los periódicos. La propuesta para modificar el uso del *kana* se encontró con la oposición organizada de los clasicistas ultranacionalistas y de otros que creían, tal como vimos en el capítulo 3, que no debía cambiarse artificialmente la escritura sino que ésta tenía que evolucionar de una manera natural con el tiempo. En consecuencia, la ortografía *kana* histórica, en la que los caracteres eran el producto de una larga tradición, era vista como una reserva de los preciosos valores culturales y espirituales de la nación. La reacción ante la propuesta fue tan virulenta que el Ministro de Educación terminó anunciando en la Dieta que no la aplicaría. Siete años más tarde, en 1931, una versión revisada de la propuesta parecía poder llegar a buen fin cuando el Ministerio de Educación decidió que –a pesar de la oposición ultranacionalista– aplicaría esta política en los libros de texto del estado una vez ésta hubiera sido aprobada por el Comité de Administración Educativa. No obstante, antes de que esto suce-

diera, el Gabinete cambió y con él el ministro; el nuevo Primer Ministro dio un carpetazo a la propuesta alegando que podía alterar a la opinión pública en unos momentos en los que la unidad era tan importante.

Los intentos para democratizar el lenguaje escrito haciéndolo más accesible a través de reformas de este tipo eran vistos con gran sospecha por parte de la clase dirigente conservadora. Mientras los militares, que mantenían unas ideas muy rígidas sobre la santidad de la tradición, tuvieran el poder, la reforma de la escritura era una causa perdida. Cuando el Consejo Lingüístico Nacional intentó una propuesta similar para limitar los caracteres en 1942, Japón ya estaba en guerra desde hacía mucho tiempo y los intentos por cambiar la venerada escritura, que en aquellos momentos era el depósito del *kotodama*, eran vistos como algo parecido a una traición. En el capítulo 3 vimos que *kotodama* (el espíritu del idioma japonés) era un término utilizado para resumir la creencia de que el idioma nacional (término que normalmente se identificaba con el uso de los caracteres santificados por el tiempo y del *kana* histórico), estrechamente vinculado como estaba a la esencia del espíritu nacional, era algo sacrosanto que no debía modificarse nunca. Los defensores de la reforma de la escritura fueron objeto de campañas de vilipendio por parte de la derecha; los préstamos de idiomas extranjeros fueron rechazados a favor de sus equivalentes sinojaponeses; y, en general, prevaleció la tradición por encima de la comodidad. La identidad lingüística defendida oficialmente del “buen” japonés de este período, como mínimo en lo referente a la escritura, dependía del conocimiento de las formas antiguas tanto del *kana* como de los caracteres.

Mientras todo esto sucedía dentro de Japón, el gobierno japonés seguía adelante con sus políticas destinadas a divulgar el japonés en el extranjero en los territorios conquistados, como parte de un plan para promover en los diferentes pueblos de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental la comprensión del “espíritu japonés” y el respeto por el Emperador. Asia oriental se veía como una guerra de ideas en la que el idioma era tanto la vanguardia como la retaguardia (Nishio 1943); el japonés iba a ser la lengua franca de la Esfera. Muchas personas de esta época, a juzgar por lo publicado en aquellos momentos, creían que el término “política lingüística” se refería sólo a la divulgación del japonés en el extranjero, y no a la gestión de las cuestiones lingüísticas internas; así pues, durante los siguientes años se produjo un acalorado debate sobre cómo debía realizarse la enseñanza del japonés en los territorios conquistados (ver Gottlieb 1994a y 1995).

El final de la guerra en 1945 terminó con todas estas actividades. En el mismo Japón surgió una corriente intelectual favorable al cambio. Con la pérdida del poder por parte de los ultranacionalistas se presentó una oportunidad de oro para aquellos que querían iniciar una reforma del sistema de escritura. Éstos adoptaron “democracia”, entonces un popular eslogan, como su lema y alegaron de forma contundente que las convenciones escritas existentes

eran antidemocráticas por el hecho de que hacían innecesariamente difícil que todos los sectores de la población pudieran participar en el debate escrito sobre la vida pública en el Japón de después de la guerra. Dados los cambios que barrían el entonces ocupado Japón, no fue difícil encontrar apoyo para estas ideas, ya que la gente se distanciaba, ya fuera voluntariamente o bien con un poco de empuje procedente de alguna parte, de las ideas que habían respaldado los militaristas. Algunos querían impulsar la abolición de los caracteres a través de la romanización o de otros medios (ver Gottlieb 1995 y Unger 1996), pero la mayoría de los miembros del recuperado Consejo de 1945 estaban a favor de la propuesta moderada de limitar el número de caracteres de uso general, modificar la forma de los más complicados, adaptar la ortografía *kana* a la pronunciación moderna y, en general, aplicar cambios relacionados destinados a reducir la complejidad. Esto dio como resultado un montón de documentos sobre política lingüística durante la década siguiente, de los cuales los más importantes fueron la Lista de caracteres de uso provisional (*Tōyō Kanji Hyō*, 1946), una lista de 1.850 caracteres de los cuales 881 fueron designados como los que se enseñarían durante los nueve años de educación obligatoria, y la política de uso del *kana* moderno (*Gendai Kanazukai*, 1946), que adaptó la ortografía *kana* a la pronunciación moderna en todos los casos excepto en algunos especializados. Otros importantes documentos especificaban el número de pronunciaciones diferentes que podía tener un carácter en diferentes contextos y qué parte de una palabra escrita normalmente en una combinación de *kanji-kana* debía ser adoptada por el carácter y qué parte por el *okurigana* adjuntado.

Hasta aquí todo bien a los ojos de los que finalmente habían realizado algunos progresos hacia sus objetivos. Las políticas fueron promulgadas oficialmente a través del Gabinete y se convirtieron en vinculantes para todos los ministerios del gobierno (aunque no para el sector privado). Como el Ministerio de Educación formaba parte del gobierno, esto significaba evidentemente que estas reformas se divulgarían a través de los libros de texto de las escuelas y que la generación de niños posterior a la guerra crecería bajo su influencia. No obstante, el hecho de que las ideas de la derecha hubieran caído en desgracia no significaba que hubieran desaparecido por completo. Los miembros conservadores del consejo, como Fujimura Tsukuru (1875-1953), estaban horrorizados con los cambios, deploraban la erosión de los estándares educativos anteriores a la guerra y les preocupaba el hecho de que la gente no podría leer la literatura del pasado sin una importante ayuda en forma de anotaciones, diccionarios y otros apoyos. Para ellos, las reformas eran la punta de una cuña que con el tiempo iba a llevar a la abolición total de los caracteres (un temor no totalmente injustificado, ya que algunos vocales del Consejo en realidad defendían este objetivo). El aura de “obligatoriedad” y el hecho de que estas políticas fueran ordenadas por el gobierno también causaron preocupación, aunque en realidad los cambios sólo eran vinculantes para los cargos gubernamentales y no para los ciudadanos privados.

Incitados por estas preocupaciones, no tardaron mucho en planificar una contraofensiva y diseñaron un inteligente plan para atraer la atención pública sobre lo que estaba sucediendo en el Consejo. Muchos de ellos eran también miembros de un grupo de presión privado, el Consejo de Asuntos Lingüísticos (Kokugo Mondai Kyōgikai, fundado en 1958), que utilizó hábilmente los medios de comunicación para expresar sus preocupaciones sobre el rumbo que parecían tomar las políticas del Consejo. Al mismo tiempo, los políticos de la Dieta afines a su causa realizaron discursos invocando el fantasma de un “empobrecimiento intelectual” nacional provocado por el comunismo (una reivindicación importante durante el período de la Guerra Fría). En 1961, los miembros desafectos del Consejo, poniendo en escena un muy publicitado abandono de una reunión general, consiguieron atraer la atención de los medios sobre lo que ellos consideraban como la progresiva sustitución de los miembros del Consejo por partidarios de las reformas en la escritura. La cobertura mediática que siguió, que incluyó un juicio de prueba del Consejo en la televisión, puso esta cuestión ante la opinión pública durante el tiempo suficiente como para convencer al Ministro de Educación para que cambiara el método de selección de los nuevos miembros. En 1965, como resultado de estas agitaciones y la posterior creación de un subcomité sobre el idioma dentro del Partido Democrático Liberal (ver Gottlieb 1994b), se pidió al Consejo que reevaluara las reformas en la escritura posteriores a la guerra bajo la luz de las cuestiones que se habían planteado.

Durante los siguientes veinticinco años, entre 1966 y 1991, las políticas de después de la guerra fueron sistemáticamente examinadas y, en algunos casos, revisadas. La lista de 1948 que limitaba el número de diferentes pronunciacines que podía tener un carácter en diferentes contextos fue ampliada en 357 en el año 1973; también este año, el papel más importante otorgado al *okurigana* en 1959 se redujo un tanto en una política revisada, restableciendo hasta cierto punto la importancia del papel del *kanji* en lugar del *kana* en las palabras declinadas. El cambio más importante, sin embargo, y el que tardó más tiempo en conseguirse debido a su naturaleza conflictiva, fue la revisión de la lista de caracteres. Se cuestionaron la palabra *seigen* (límite) del prefacio de la lista de 1946 y el número de caracteres, que se consideraba como demasiado restrictivo. Después de ocho años de deliberaciones y exhaustivas consultas, la lista fue revisada y se redactó la actual Lista de Caracteres de Uso General (*Jōyō Kanji Hyō*, publicada en 1981). Los cambios principales fueron un aumento de 1.851 a 1.945 caracteres y la sustitución de “límite” por “guía” en la documentación adjunta. Las demás políticas, concretamente el cambio de la ortografía *kana* moderna y la simplificación de las formas de los caracteres más complejos, permanecieron inalteradas; en aquellos momentos ya se habían incrustado tan profundamente en el sistema de educación que cualquier intento de volver al sistema de antes de la guerra hubiera sido contraproducente. El ciclo de reevaluación terminó en 1991, y el último documento fue una política revisada sobre cómo debían escribirse los préstamos de otros idiomas.

¿Qué había conseguido en realidad esta reevaluación? Había conseguido hasta cierto punto detener la erosión continua de las convenciones de la escritura anteriores a la guerra; durante este período no pudo aplicarse ninguna otra política reformista, y las ya existentes se examinaron y, en algunos casos, se revisaron. El alcance de la revisión, no obstante, no fue quizás tan grande como hubieran deseado sus instigadores. A un nivel formal, no había habido ningún retorno a la situación de antes de la guerra de una libertad ortográfica virtualmente ilimitada; la intervención de las políticas oficiales de después de la guerra continuaba existiendo (aunque de una manera algo suavizada), con lo cual siguió la discutida implicación del gobierno en el terreno de la escritura. No obstante, los miembros más radicales del Consejo, aquellos que habían buscado la eventual abolición de los caracteres, estaban ahora amordazados e incluso marginados para siempre. Los partidarios del alfabeto o *kana* como la escritura nacional perdieron todo el grado de influencia que pudieran haber tenido; actualmente continúan su defensa dentro de pequeños grupos de interés privados que no tienen ningún representante en el Consejo.

Todo ello había ocurrido dentro del contexto nacional general de revisión de las políticas decretadas durante la ocupación aliada de Japón. Algunas políticas de la ocupación fueron revocadas, como la descentralización administrativa de la educación y de la fuerza policial. Las principales políticas de reforma de la escritura también se habían promulgado durante la ocupación; esto significaba que sus detractores habían tenido interés en destacar que también ellos habían sido obligados por los conquistadores a aceptar este indeseado japonés. Tal como demuestran las pruebas, ésta no era una postura defendible. Algunos miembros aislados del personal aliado también expresaron opiniones sobre la conveniencia de la romanización, y el informe de 1946 de la Misión de Educación de los Estados Unidos en Japón sugería delicadamente ésta como una posible vía para su exploración en el futuro. La opinión claramente expresada de la oficina del General MacArthur, no obstante, era que la naturaleza de la escritura japonesa era un tema que tenían que decidir los mismos japoneses, y así es como se habían desarrollado las cosas, siguiendo el camino intermedio de la racionalización de la ortografía existente en lugar de su completo abandono.

Así pues, a principios de los años 1990 el Consejo Lingüístico Nacional ya había terminado una tarea importante. Después de ello, su rumbo cambió y volvieron a surgir las preocupaciones por el lenguaje hablado. A primera vista, esta nueva dirección podía parecer simplemente una consecuencia natural del final de la reevaluación relacionada con la escritura, pero en realidad a lo largo de los años 1980 habían entrado en juego otros factores. En primer lugar, una mayor atención política al regionalismo llevó a reconsiderar el estatus de los dialectos, tal como vimos en el capítulo 1. En segundo lugar, tanto el énfasis de después de los años 1970 en la internacionalización como la aparición de nuevas tecnologías, y en particular la tecnología de la

información, contribuyeron a una mayor tendencia al uso de préstamos (principalmente) ingleses en lugar de los equivalentes japoneses que ya existían. Ello, a su vez, fomentó la opinión expresada con frecuencia de que el idioma se encontraba en un estado de decadencia. La aparentemente cada vez menor capacidad de los jóvenes por utilizar correctamente los honoríficos también tiene un papel destacado dentro de las quejas de este tipo, que aparecen regularmente en los periódicos de Japón. Evidentemente, Japón no es el único país preocupado por lo que se considera como un deterioro de los estándares lingüísticos. El cambio lingüístico suele atraer tales acusaciones, especialmente por parte de la gente de más edad (Crystal 1987:4), y pueden encontrarse similares argumentos en otros países en los que los cambios forjados por la tecnología y las fronteras cada vez más diluidas entre los idiomas son vistos por las generaciones más viejas educadas con menos opciones como una erosión de los estándares lingüísticos.

El Consejo abordó estas dos cuestiones a mediados de los años 1990. En 1995 llegó a la conclusión de que el uso de préstamos era hasta cierto punto inevitable, dada la naturaleza del mundo moderno, y que esto era especialmente así en los campos especializados, como la tecnología de la información. En los sectores no especializados, no obstante, tal como vimos en el capítulo 3, se aconsejó precaución; el uso de palabras no comprendidas universalmente podía dificultar la comunicación, especialmente con las personas de más edad (Kokugo Shingikai 1995: 449-450). En relación a los honoríficos, los informes del Consejo aconsejaban en 1995 y de nuevo en 1997 que ya no era tan importante conocer las formas correctas de éstos sino saber cuándo su uso resultaba apropiado para conseguir una comunicación fluida (Kokugo Shingikai 1995: 432-433 y 1997). Esto representaba un claro alejamiento de las actitudes más normativas del pasado para pasar a una visión más holística del idioma y la comunicación, y ésta fue la idea que se repitió a lo largo de todo el último informe del Consejo sobre esta cuestión (Kokugo Shingikai 2000) antes de su desaparición en una reorganización administrativa del año 2001.

El renovado interés por el lenguaje hablado no significaba, evidentemente, que el Consejo ya no se preocupara por el sistema de escritura. Uno de los grandes cambios de los años 1980, con unas potenciales enormes ramificaciones para la manera en que se escribe el japonés en este siglo, fue el invento de la tecnología capaz de caracteres. Ésta permitió un movimiento rápido hacia el uso de los procesadores de textos y posteriormente de los ordenadores y, por extensión, la eventual construcción de una importante presencia del idioma japonés en Internet durante la segunda mitad de los años 1990. Uno de los pilares de las reformas en la escritura después de la guerra fue que los caracteres continuarían escribiéndose por lo general a mano, ya que una máquina de escribir japonesa sería muy lenta de utilizar y muy voluminosa. La nueva tecnología, evidentemente, cambió la situación. Desde entonces, algunos han sugerido que la política actual sobre los caracteres debería cam-

biarse para que se enseñaran menos para su reproducción y más para su reconocimiento, ya que los procesadores de textos informáticos contienen muchos más caracteres que los 1.945 de uso general. La documentación del Consejo después de 1992 asumió los retos planteados por la rápida expansión del uso de ordenadores y buscó maneras de responder a las dos áreas identificadas como las de más interés: el efecto de la tecnología de la información sobre el idioma y la cuestión de los caracteres y los diccionarios dentro del software (ver Gottlieb 2000 para los detalles).

Políticas relativas a otros idiomas

Ainu

Hasta ahora hemos visto la formulación de la política lingüística en relación con el japonés como idioma nacional y la manera en que las cuestiones más polémicas se han vinculado a percepciones de identidad nacional. No obstante, nos costaría mucho encontrar algún país en el que sus habitantes hablaran sólo un idioma con exclusión de todos los demás. Las sociedades multiculturales como Australia y los Estados Unidos tienen políticas lingüísticas que integran u ofrecen opiniones sobre el uso de idiomas diferentes del inglés dominante. ¿Cómo son tratados en Japón, en términos de política lingüística, los demás idiomas utilizados dentro de sus fronteras? Ya vimos en el capítulo 3 que existen muchas comunidades con idiomas minoritarios: ainu, coreano, chino, inglés, okinawa y otros. En esta discusión me centraré en el ainu y el inglés, el primero porque es el idioma de la única minoría indígena de Japón y el segundo porque es el idioma internacional más influyente en las relaciones de Japón con el mundo. Ambos idiomas son unos buenos estudios de caso sobre el vínculo entre idioma e identidad en el Japón contemporáneo en lo referente a la política, y son en realidad los únicos idiomas además del japonés para los cuales se han desarrollado políticas.

Pocas cosas hacen más por desestabilizar el sentimiento de identidad cultural de las personas que prohibir el uso de su lengua materna e imponer el idioma de otro. Japón ha aplicado esta política tres veces durante su época moderna, primero con los ainúes y después en sus colonias de Taiwán y Corea, donde –tal como ya hemos visto– la enseñanza del japonés fue impuesta como el idioma apropiado para los súbditos del emperador. En ambos casos, el objetivo del gobierno era asimilar a diferentes grupos de personas dentro de un todo uniforme, es decir, el todo uniforme de una nación unificada con un único idioma nacional. Esta política no permitía ninguna variación lingüística, fuera cual fuera su situación geográfica, diferencia racial o diferenciación histórica y cultural. En un menor grado y en un contexto diferente, podemos ver los mismos motivos en acción en el Período Showa (1926-1989), cuando las escuelas se oponían rígidamente al uso de dialectos para así facilitar la divulgación del idioma estándar, lo cual era una prioridad máxima. La política de Japón hacia el idioma ainu

nos brinda un estudio de caso de un intento por erradicar la identidad cultural de un pueblo para crear una patria cultural y lingüísticamente unificada, en este caso para afianzar la reclamación de Japón sobre sus fronteras septentrionales en litigio (ver Hansen 2001).

El pueblo ainu, tal como ya hemos visto, consta actualmente de unos 24.000 integrantes que viven principalmente en la isla septentrional de Hokkaido. Originariamente también se encontraban en la isla principal de Honshu, pero fueron gradualmente desplazados hacia el norte a lo largo de varios siglos por la expansión nipona, hasta que en 1868 el gobierno anexionó las zonas ainúes de Hokkaido. A continuación, siguió una rigurosa política de asimilación dirigida a reforzar la soberanía japonesa en las vulnerables y disputadas regiones periféricas. Cuando la población de Hokkaido aumentó, después de que se ofreciera casa allí a colonizadores de otras zonas de Japón, los ainúes se convirtieron en una minoría. En uno de los reconocimientos más claros posible por parte del gobierno del vínculo entre idioma e identidad, la política de asimilación, que también les prohibió practicar sus costumbres, les obligó a aprender y a hablar japonés y a tomar nombres japoneses. Como resultado de la anexión muchos ainúes perdieron su sustento y vivían en la pobreza. Las leyes posteriores como la Ley de Protección de los Antiguos Nativos de Hokkaido de 1899 pretendieron solucionar esta situación otorgando a los ainúes tierras de manera gratuita para que las utilizaran para actividades agrícolas, pero su eficacia fue sólo marginal, ya que la tierra que quedaba después de la colonización no era normalmente adecuada para la agricultura (ver Siddle 1996).

Como resultado del uso obligatorio del japonés, el idioma ainu decayó con el tiempo hasta el punto en que ya no se utilizaba en la vida diaria y sólo se conservaba en las tradiciones orales de epopeyas, canciones y cuentos, tal como vimos en el capítulo 3. En los años 1980, no obstante, como resultado de la atención internacional hacia las minorías indígenas, los activistas ainúes fueron levantando cada vez más ruido sobre las condiciones a las que se enfrentaba su pueblo y sobre la amenaza de la desaparición de su cultura en todos los sentidos excepto en el meramente turístico y económicamente rentable. Se crearon asociaciones políticas para presionar al gobierno para que ofreciera ayuda. En 1995, una “Mesa Redonda para una Política para el Pueblo Ainu” reveló que sólo un número muy limitado de personas eran aún capaces de hablar el idioma (MOFAJ 1999:4); un artículo cuyo origen se desconoce que apareció en la prensa occidental cifraba esta cantidad en menos de diez en 1999 (Large 2001), todas ellas personas mayores. Para abordar esta situación, el informe de 1996 de la Mesa Redonda recomendó que se tomaran medidas legislativas y de otra índole para conservar y fomentar el idioma y la cultura ainúes. Poco después, en mayo de 1997, se aprobó la Ley para la Promoción de la Cultura Ainu y para la Divulgación y Defensa de las Tradiciones Ainúes. Bajo sus disposiciones, se exigió a las prefecturas que desarrollaran programas para fomentar la cultura ainu.

Las consideraciones internacionales también tuvieron su papel en la aprobación de esta ley. Tal como vimos en el capítulo 3, cuando el Tribunal del Distrito de Sapporo juzgó el caso de la presa de Nibutani, se falló que –a pesar de la afirmación del Primer Ministro Nakasone de que en Japón no existía ninguna minoría indígena– los ainu constituían en realidad una minoría de acuerdo con los términos del Artículo 27 del Convenio Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos, que Japón había ratificado en 1979. Este estatus de minoría supuso el reconocimiento de los derechos de una cultura y un idioma distintos.

El Ministerio de Educación anunció en 1997 que, para aplicar las disposiciones de la nueva ley, éste, junto con la Agencia de Desarrollo de Hokkaido (que formaba parte del Departamento del Primer Ministro), destinaría parte del presupuesto a subvencionar la promoción de la cultura ainu y otras medidas relacionadas (Ministerio de Educación 1997:19). Así pues, un mes después de aprobarse la ley, los dos órganos crearon conjuntamente la Fundación para la Investigación y la Promoción de la Cultura Ainu (FRPAC). Tal como su nombre indica, el objetivo de la Fundación era fomentar la cultura ainu, lo cual incluía adoptar medidas para que el idioma ainu no desapareciera. La Fundación enseña ainu a los profesores de lengua e imparte clases de Ainu, tanto a través de aulas de formación en catorce puntos de Hokkaido (*Japan Times* del 9 de junio de 2000) como a través de emisiones de radio. Su sitio web (www.frpac.or.jp) ofrece información sobre dónde alquilar las cintas de las emisiones de radio o vídeos sobre la vida ainu, así como información sobre hechos relacionados con varios aspectos de la cultura ainu. Los intentos de la FRPAC por fomentar el estudio del idioma ainu representan un giro radical de 180 grados en relación a los anteriores intentos del gobierno por acabar con él. Aún es demasiado pronto para evaluar el éxito de estas primeras medidas, aunque Siddle (2002) y Maher (2002) señalan que pueden haber sido una nimiedad inoportuna por el hecho de poner el acento en el idioma más que en la cultura, tal como se discute en el capítulo 3.

Inglés

La política del gobierno en relación con el idioma ainu tiene, tal como hemos visto, menos de diez años y es en gran parte una reacción a las presiones tanto internacionales como nacionales. En comparación con su pequeña escala, la enseñanza de idiomas extranjeros, en particular el inglés, ha atraído enormes cantidades de atención y fondos. En estos últimos años, la naturaleza y el futuro de la enseñanza del inglés en Japón han pasado a estar sometidos a un escrutinio especialmente severo, ya que el gobierno japonés está buscando maneras de resituarse dentro del mundo después de las continuas adversidades económicas de los años 1990. Uno de los estímulos para ello fue la clasificación de 1998 en enseñanza del inglés como lengua extranjera (TOEFL), que situó a Japón en el puesto 180 entre los 189 países que forman las Naciones Unidas (Inoguchi 1999: 1). No obstante, la mayoría de

alumnos de secundaria japoneses, como es bien sabido, estudian inglés durante seis años y normalmente lo siguen estudiando cuando llegan a la universidad. Además, se ha invertido una enorme cantidad de dinero en el programa JET desde finales de los años 1980 con la esperanza de fomentar un enfoque más comunicativo a la enseñanza del inglés en las escuelas niponas, que normalmente son criticadas por concentrarse en la gramática y la traducción. Evidentemente, el TOEFL no está limitado a las escuelas y universidades de Japón sino que también es una importante industria privada, hasta el punto de que el puesto que ocupa Japón en TOEFL resulta de lo más inquietante. Un cálculo situó la cantidad total de dinero invertido en este sector privado en unos 3 billones de yenes (en 1995 equivalentes a unos 30 mil millones de dólares) (Koike y Tanaka 1995: 18).

Así pues, no resulta sorprendente que el informe de la TOEFL provocara un cierto revuelo en varios ámbitos, tanto oficiales como privados, sobre cómo debía responder Japón al cada vez mayor prestigio del inglés como lengua franca mundial. ¿Todos los japoneses tenían que aprender inglés? Una amplia base de japoneses formados después de la guerra ya lo conoce hasta cierto punto. ¿O quizás el gobierno debería centrarse en formar a un número más reducido de personas que lo hablaran con gran fluidez y capaces de interactuar libremente en contextos internacionales? ¿Qué tipo de persona japonesa exige un entorno del siglo XXI cada vez más globalizado? ¿Debería Japón aferrarse a su identidad lingüística relativamente monolingüe (como mínimo en el contexto internacional), o quizás debería realizar renovados esfuerzos por crear ciudadanos que, a pesar de vivir en Japón, pudieran interactuar libremente dentro del contexto global fomentado por Internet?

Estas cuestiones de identidad lingüística han suscitado variadas y contradictorias respuestas. Algunos son partidarios del enfoque de formar sólo a unas élites. Suzuki Takao, por ejemplo, un profesor emérito de lingüística de la Universidad de Keio que no duda en expresar sus ideas y cuyo libro *Nihonjin wa Naze Eigo ga Dekinai ka* (¿Por qué los japoneses no saben hablar inglés?) suscitó un considerable interés en 1999, cree firmemente que Japón debería concentrarse en la formación de sólo un pequeño grupo de hablantes de inglés de nivel avanzado y al mismo tiempo defender su propia “soberanía lingüística”. Según él cree, una capacidad avanzada por interactuar en inglés no es en realidad nada bueno si lo que esto significa es que en la escena internacional los políticos japoneses de alto nivel hablen en inglés con sus homólogos internacionales en lugar de hacerlo en japonés a través de intérpretes. Hacer esto es ceder poder al campo del inglés en lugar de defender la igualdad lingüística para el japonés. Hablar japonés y utilizar a intérpretes también puede tener otras ventajas, tal como demuestra un divertido comentario ante el cambio de liderazgo político de abril de 2001: cuando el Primer Ministro Koizumi nombró a la nada diplomática y sincera Tanaka Makiko como su Ministra de Asuntos Exteriores, un funcionario preocupado por la posibilidad de sus meteduras de pata al hablar comentó “será un de-

sastre si mete la pata en su fluido inglés, ya que entonces no podremos echar la culpa a los intérpretes” (Osedo 2001).

Aparte de estas posibilidades, Suzuki adopta una postura firme en favor de la conservación de una identidad lingüística claramente independiente en lugar de intentar integrarse dentro de la tendencia a utilizar el inglés en la comunidad internacional. No obstante, con ello no quiere decir que no esté a favor de enseñar inglés a los japoneses. Lo defiende, pero visualiza un cuerpo de élite de nipones globalizados capaces de interacciones a elevados niveles de competencia en inglés en lugar de una base más amplia de ciudadanos menos competentes. Suzuki restringiría la enseñanza del inglés a aquellos japoneses que trabajan en campos que exigen unos importantes contactos internacionales, como la política, los negocios, la investigación científica y la ingeniería, los cuales tienen una necesidad urgente de hablar inglés y deberían ser capaces de hablarlo fluidamente. La mayoría de los japoneses no tiene ninguna necesidad real de hablar inglés en absoluto, por lo cual el dinero que destina el gobierno a la enseñanza del inglés podría desviarse de manera más provechosa hacia otras áreas.

El conocido político y científico Inoguchi Takashi, de la Universidad de Tokio, está de acuerdo con ello. Según su opinión, esperar que todo el mundo de Japón hable inglés simplemente porque viven en una era de globalización es irrazonable e impone una carga adicional a los estudiantes. Una estrategia mucho mejor sería insistir en que aquellos que planeen convertirse en funcionarios de alto nivel dentro de la administración pública tuvieran que demostrar una competencia en inglés de alto nivel. Con ello se hace eco de la idea de Suzuki de que todo lo que necesita Japón es un núcleo de hablantes de un inglés realmente fluido para sus futuras interacciones con el exterior, pero no comparte la opinión de Suzuki sobre la soberanía lingüística. “Como la élite de la nación no es apta para el proceso de globalización, el Japón de la actualidad es visto algunas veces como relativamente poco refinado” (Inoguchi 1999:4); según Inoguchi, una prueba de tal aptitud sería el uso fluido del inglés en lugar de tener que recurrir a intérpretes, tanto si ello se hiciera como si no para demostrar la idea de la igualdad lingüística a través del uso del japonés en la escena internacional.

Los académicos no son los únicos que presionan para que el nivel de competencia en inglés sea más alto. El mundo de los negocios también ha empezado a vincular la progresión profesional al dominio del inglés. Desde marzo de 2001, por ejemplo, los empleados de IBM Japan necesitan una puntuación mínima de 600 puntos (inglés comercial a nivel de usuario) en el TOEIC (Examen de Inglés para la Comunicación Internacional) para poder pasar a ser jefes de sección, mientras que el cargo de Subdirector General exige una puntuación mínima de 730 (capaz de comunicarse en cualquier situación). La compañía dio un año de plazo a estos empleados para perfeccionar sus conocimientos ofreciendo clases de inglés subvencionadas (*ELT News* de 7 de

marzo de 2000). Nissan y Marubeni también asignan diferentes niveles de competencia en inglés, basados en el TOEIC, a los diferentes cargos de la compañía, según lo necesario que sea el inglés para el cargo.

La preocupación por los niveles de exigencia de competencia lingüística no es insólita cuando una sociedad se enfrenta a un problema de política lingüística importante para sus intereses nacionales. En Australia, por ejemplo, se expresaron razones similares en relación con la enseñanza del japonés mientras se discutía la política lingüística nacional durante los años 1980, en una época que coincidió con una gran afluencia de estudiantes que iban a las universidades a aprender japonés en la cima de la prosperidad económica de Japón. Unos pocos cuestionaron la masiva generalización de la enseñanza del japonés en las escuelas y universidades, y en lugar de ello propugnaban una distribución más racional de los recursos para formar a un número más reducido de hablantes de japonés realmente competentes. Las reacciones de este tipo pueden ser sintomáticas de una preocupación subyacente por la identidad nacional, ya que el debate se centra normalmente en el tipo de identidad lingüística en relación con el otro idioma que satisfará mejor las necesidades del país en cuestión. En el caso de Australia, en aquel momento y en menor grado desde entonces, lo que estaba en cuestión era el encaje entre los australianos y el idioma japonés dentro del contexto de la economía nacional y otras prioridades; en el Japón actual es el encaje entre el japonés y el inglés en términos del amplio espectro de relaciones internacionales, incluyendo el aspecto económico.

Las opiniones expresadas por Suzuki e Inoguchi, no obstante, y en particular la idea de Suzuki de que los ciudadanos normales sin ningún trabajo relacionado con el contacto internacional no tiene ninguna necesidad real de saber inglés, entran claramente en conflicto en algunos aspectos con la idea clave de un informe presentado al Primer Ministro japonés en enero de 2000, mientras que en otros informes se apoyan sus ideas. En respuesta a una clara caída de la moral provocada por los económicamente turbulentos años 1990, el entonces Primer Ministro Obuchi Keizo encargó a un grupo de élite de intelectuales japoneses que elaboraran un programa con los objetivos nacionales para el siglo XXI. El grupo formó subgrupos para debatir cinco temas, y durante todo el proceso se realizaron amplias consultas y se utilizó un sitio web para publicar las actas de las reuniones y para solicitar las aportaciones públicas a través del correo electrónico y el fax. El informe resultante (ver La comisión del Primer Ministro, 2000) puso el énfasis en la atribución de poderes al individuo y en reforzar la diversidad. Recomendaba cambios radicales en varias maneras japonesas muy apreciadas de hacer las cosas y fue duramente criticado en algunas esferas por ello, mientras que en otras fue aclamado.

Entre los temas abordados estaba el de la “alfabetización global” dentro del apartado de la promoción de un espíritu pionero para la frontera del siglo XXI

de Japón. Para poder considerarse que se poseía una “alfabetización global”, la Comisión sugirió que la gente tendría que dominar las tecnologías de la información como Internet y “dominar el inglés como la lengua franca internacional”. Refiriéndose de pasada a la lista TOEFL de 1998 mencionada más arriba, en la cual Japón era el país peor situado de Asia y no se encontraba lejos de los peor situados de todos los países incluidos, el informe sostenía que con el dominio del inglés los habitantes de Japón podrían transmitir información sobre ellos y sobre su país al resto del mundo, una idea también subrayada por Suzuki e Inoguchi en sus escritos aunque a un nivel diferente. Mientras que Suzuki e Inoguchi querían restringir la capacidad de transmitir información desde Japón en inglés a un número limitado de hablantes de un inglés muy fluido, la Comisión creía que los japoneses de a pie también necesitaban ser competentes en inglés para poder funcionar eficazmente en el nuevo mundo de fluidas fronteras creado por Internet. “Llegar a una excelencia de talla mundial exige que, además de dominar las tecnologías de la información, todos los nipones adquirieran un nivel operativo de inglés –no sólo como una lengua extranjera sino como una lengua franca internacional–. El inglés, en este sentido, es un requisito indispensable para obtener información global, expresar intenciones y compartir valores”.

Hacer esto, continuaba el informe, no devaluaría evidentemente el papel del idioma japonés, que como idioma nacional, era “la base para perpetuar la cultura y las tradiciones de Japón”. Tampoco restaría importancia al estudio de otros idiomas extranjeros, en particular los de los vecinos asiáticos más próximos a Japón y más históricamente significativos, China y Corea. La Comisión recomendó como imperativo estratégico que todos los ciudadanos tenían que disponer de un nivel operativo de inglés en el momento de dejar la escuela. Además, todos los departamentos del gobierno y de otras instituciones públicas, tanto a nivel nacional como local, deberían crear páginas web y publicaciones tanto en japonés como en inglés. Incluso propuso la discusión futura de la posibilidad a largo plazo de designar el inglés como un segundo idioma oficial.

¿Cómo tenía que alcanzarse este objetivo de la alfabetización universal en inglés? Entre otras cosas, la Comisión recomendó una ampliación del número de profesores de inglés nativos en Japón. Ésta es la respuesta habitual a las discusiones sobre la enseñanza del inglés y la que se había estado dando hasta cierto punto durante unos quince años. Ya en 1984, el Comité Ad Hoc para la Reforma de la Educación incluyó entre sus recomendaciones que el inglés pasara a enseñarse con un enfoque más comunicativo, lo cual tenía que conseguirse en parte mediante un aumento en la contratación de hablantes nativos de inglés como profesores. Tres años más tarde, en 1987, el gobierno –bajo el paraguas general de la “internacionalización”, entonces un cliché muy de moda– puso en marcha un doble programa destinado a revitalizar la enseñanza del inglés y de otros idiomas extranjeros. Una parte del

programa consistía en la importación de profesores de idiomas asistentes nativos para que actuaran como recursos vivos en las clases de idiomas extranjeros de las escuelas. La otra sería la adopción (como mínimo en teoría, pero a ser posible también en la práctica) de un enfoque comunicativo en la enseñanza de idiomas dirigido a favorecer la competencia oral.

Este programa, conocido como el Programa JET (Japan Exchange and Teaching – Programa de Intercambio y Enseñanza), se ha ampliado considerablemente desde sus comienzos. La entrada inicial de 848 participantes en su primer año creció hasta los 6.078 en el año 2000 (MOFAJ 2000), y el programa ya se ha estado ejecutando durante un tiempo suficiente como para ser examinado en un reciente libro académico (ver McConnell 2000). El Consejo de Autoridades Locales para las Relaciones Internacionales (CLAIR) lo administra a nivel nacional junto con los tres Ministerios de Asuntos Exteriores, de Interior y de Educación. Los organismos creados entre ellos realizan las actividades de contratación, formación y colocación, mientras que las instituciones anfitrionas bajo el control de los organismos de gobierno locales reciben a los participantes y realizan las actividades de base del programa. Como intento deliberado por parte del gobierno por mejorar la enseñanza de los idiomas extranjeros, y en particular del estratégicamente importante inglés, el programa JET queda claramente situado bajo el paraguas de la planificación lingüística tal como la definían Fishman y Eastman más arriba en este mismo capítulo.

Los profesores de inglés del programa JET proceden de Gran Bretaña, los Estados Unidos, Australia, Canadá, Nueva Zelanda, Sudáfrica e Irlanda. Durante el año 2000, después de un informe de un organismo creado en enero de este mismo año para asesorar al Ministerio de Educación sobre las maneras de mejorar la enseñanza del inglés, también pasaron a poder ser elegidos los ciudadanos de Singapur, Filipinas y Jamaica (todos ellos países en los que el inglés es un idioma oficial) para participar en este programa, en una apuesta por aumentar el número de profesores de EFL en Japón. Aún está por ver si esta entrada de más profesores tendrá algún efecto apreciable en el currículum de inglés de las escuelas. Mientras el sistema de exámenes para acceder a la universidad siga centrándose en el inglés escrito y preste una atención especial a la gramática, es posible que los institutos más académicos no tengan tiempo para dedicarlo a las actividades orales comunicativas dirigidas por ALT en las aulas, tal como confirma la experiencia actual de los participantes en el programa JET (p.ej., Bartlett 2000).

No obstante, se han puesto en marcha algunas iniciativas para abrir más vías dentro del sistema de educación para desarrollar la competencia oral. Un informe de 1998 con objetivos a medio plazo realizado por el Consejo del Currículum del Ministerio de Educación destacaba que el principal propósito de la reforma de los estándares del currículum nacional, que fomenta el estudio de los idiomas extranjeros, es “ayudar a un niño a cul-

tivar una humanidad, una socialización y una identidad ricas como un japonés que vive en una comunidad internacional” (Ministerio de Educación 1998). Esto refleja claramente el compromiso por la internacionalización que ha impulsado las políticas de educación de idiomas extranjeros desde finales de los años 1980. Los alumnos de las escuelas de enseñanza primaria japonesas pueden escoger desde 1997 la conversación en inglés como una actividad fuera del horario lectivo; una vez llegan al tercer curso, también pueden estudiar inglés como asignatura optativa durante un “período de estudio integrado” que ofrece actividades educativas fuera del currículum normal. La comunicación oral se introdujo en el currículum de inglés de la enseñanza secundaria en 1992, pero sólo como asignatura optativa; la base del currículum, tal como ya se ha comentado, sigue siendo la enseñanza del inglés escrito. La expansión de internet, no obstante, ha abierto nuevas oportunidades para las actividades comunicativas en inglés, y ésta puede ser una vía que quizás podrá utilizarse activamente para la enseñanza, ya que el Ministerio de Educación trabaja para mejorar el número de escuelas en línea. Los alumnos pueden utilizar el correo electrónico para comunicarse con estudiantes ingleses nativos de todo el mundo y los profesores pueden acceder a recursos y a listas de discusión en la web para mejorar tanto su competencia en inglés como sus habilidades para la enseñanza del inglés (Kitao y Kitao 1997).

En 2003, el Ministerio de Educación, Cultura, Deportes, Ciencia y Tecnología anunció un nuevo plan de medidas para educar a “japoneses con habilidades en inglés”. La ministra Toyama Atsuko dijo en su comunicado de anuncio del Plan de Acción que “El inglés ha jugado un papel central como idioma de comunicación internacional para poner en contacto a personas que tienen diferentes lenguas maternas. Para los niños que viven en el siglo XXI es esencial que adquieran competencias de comunicación en inglés como idioma internacional común. Además, las competencias en inglés son importantes para que nuestro país se relacione con el resto del mundo, sea entendido por éste y obtenga su confianza, mejore su presencia internacional y siga desarrollándose” (MEXT 2003). Los objetivos del plan son garantizar que todos los japoneses puedan comunicarse en inglés al terminar la enseñanza primaria y secundaria, y que los licenciados universitarios puedan utilizar el inglés en su trabajo. Las estrategias para alcanzar estos objetivos se definen claramente en el Plan, tal como se analiza en el capítulo 3.

La naturaleza y el alcance de la enseñanza del inglés en Japón seguirán siendo el centro de la política lingüística en un futuro previsible. Ahora veremos la otra cara de la moneda, que es la enseñanza del japonés a los demás.

Enseñar japonés como idioma extranjero

El tercer gran aspecto de la política lingüística japonesa que resulta importante para este capítulo es el que se refiere a la divulgación del japonés como

idioma internacional en el sentido más amplio de este término, es decir, como idioma que se enseña a hablantes no nativos que quieren aprenderlo por diversos motivos, que pueden estar relacionados con los negocios, la educación o la cultura. Los primeros intentos a gran escala por enseñar japonés fuera de Japón, tal como ya hemos visto, tuvieron lugar en los contextos coloniales de Corea y Taiwán o en el contexto de guerra de la ocupación de otras zonas de Asia. Como era de esperar, pues, cuando Japón quiso tener una identidad cultural equivalente a su fuerza económica durante y después de los años 1970 fomentando el estudio del japonés en el extranjero, sus vecinos y otros países más lejanos alegaron frecuentemente acusaciones de imperialismo cultural; uno de los temas comunes de este movimiento “anti-japonés” de los años 1980 es que lo que no había podido conseguirse por la fuerza ahora se buscaba a través del imperialismo económico. Estas opiniones algo extremistas, basadas en los sentimientos de pérdida y miedo, no se convirtieron en moneda corriente. La fuerza de la economía de Japón era tal que no sólo el gobierno de Japón, sino también otros gobiernos, asumieron gustosamente el reto de aumentar el número de estudiantes extranjeros de japonés, interrelacionando con frecuencia los beneficios económicos con nociones de internacionalización y de intercambio cultural de base.

El actor principal del gobierno en el ámbito internacional es, obviamente, el Ministerio de Asuntos Exteriores, que ha dedicado grandes sumas de dinero a la promoción del conocimiento del Japón y su idioma en todo el mundo a través de las actividades de la Japan Foundation. Buena parte de ello está relacionada con las percepciones que tiene Japón de su identidad como ciudadano de la comunidad internacional y la naturaleza de su presencia cultural y lingüística en el escenario mundial. Se han destinado fondos a la promoción de la enseñanza del japonés como idioma extranjero, lo cual ha resultado en un aumento del número de estudiantes extranjeros desde los años 1970: más de dos millones en el último recuento, en comparación con los 127.000 de los momentos de la primera encuesta de la Japan Foundation de 1979 (Japan Foundation 2000). La Japan Foundation dirige un gran instituto de idiomas en Urawa que imparte programas de formación a profesores de japonés, desarrolla y suministra materiales educativos y actúa como centro de información. Hay otros institutos de idiomas que realizan tareas educativas similares en Kansai y en el extranjero.

Pero a pesar de estas caras actividades, el japonés no ha alcanzado ni mucho menos el estatus internacional del inglés, debido tanto a la relativamente pequeña población de hablantes nativos de japonés como a su restringido ámbito geográfico en comparación con el del inglés o el chino. Muchos han señalado, y algunas veces se han quejado, que su rango como idioma internacional no se corresponde con la fuerza de su economía, y que esto debería corregirse mediante alguna forma de reconocimiento internacional. El estatus del inglés como lengua franca en la escena mundial, evidentemente, no es debido de su fuerza económica (o, como mínimo, no

actualmente) sino a factores históricos y culturales. No obstante, se realizó un intento a finales de los años 1980 para que las Naciones Unidas adoptaran el japonés como uno de sus idiomas para reflejar así la importancia de las aportaciones económicas de Japón a este organismo. El intento fracasó, pero no se ha dado carpetazo a esta cuestión; el informe de 1995 del Consejo del Idioma Nacional indicaba que aún sigue en la agenda (Kokugo Shingikai 1995:450).

Por un lado, pues, la política de Japón relativa a la enseñanza de su idioma a otros está claramente vinculada a consideraciones de su estatus como miembro de la comunidad internacional en términos de identidad económica y política. Pero el japonés no sólo se enseña en el extranjero; también se enseña ampliamente como idioma extranjero dentro del mismo Japón, y en este aspecto lo que mueve las políticas es la ofensiva del gobierno hacia la internacionalización. Para Japón no es suficiente construir una identidad internacional del idioma en la escena exterior; el país también debe ser visto como un miembro responsable de la comunidad global mediante el fomento de la internacionalización dentro de sus fronteras. Uno de los aspectos –la otra cara del fomento de la enseñanza del inglés– es la enseñanza del japonés a los no japoneses que estudian y trabajan en el país. Aquí de nuevo, como tantas otras veces, la presión internacional también ha jugado su papel: en 1983, cuando se vio que Japón era el país con menos estudiantes extranjeros entre todos los países industrializados desarrollados, el entonces Primer Ministro Nakasone puso en marcha un plan para alcanzar los 100.000 estudiantes extranjeros estudiando en Japón a principios del siglo XXI. La enseñanza del japonés tenía que ser una pieza esencial dentro del éxito de esta empresa y muchas universidades pusieron un gran énfasis en la contratación de personal formado en TJFL (Teaching Japanese as a Foreign Language –Enseñanza del Japonés como Idioma Extranjero) para sus centros de estudios en el extranjero. No obstante, debido en gran parte a las dificultades económicas de los años 1990, este objetivo se demostró difícil de alcanzar. Un comité Asesor de Políticas para Estudiantes Extranjeros de 1997 propuso tres programas de prioridades para ayudar a alcanzarlo: los programas de educación superior tenían que ser más atractivos para los estudiantes extranjeros, tenía que mejorarse el acceso a las universidades japonesas y tenía que incorporarse la enseñanza del japonés en los programas de intercambio (Kanisawa 1999). A finales de 1999, no obstante, sólo 57.555 estudiantes extranjeros se habían matriculado en las universidades japonesas. Una reunión ministerial del G8 celebrada en abril de 2000 demostró que de las ocho naciones miembro, Japón seguía siendo la que tenía el porcentaje más bajo de estudiantes extranjeros (Koh 2000).

Otras iniciativas que pueden clasificarse bajo el paraguas de la política del Ministerio de Educación para la enseñanza del japonés a otros incluyen su enseñanza a los refugiados y a los retornados de la China continental, así

como el envío de profesores de instituto de japonés para que enseñen el idioma en otros países bajo el programa de Intercambios Regionales y Educativos para el Entendimiento Mutuo (REX). El Instituto Nacional para el Idioma Japonés, fundado en 1948 para ofrecer datos al Consejo del Idioma Nacional sobre los cuales basa sus decisiones políticas, incorpora un Centro de Educación del Idioma Japonés que forma a instructores, realiza investigaciones sobre cuestiones pedagógicas y desarrolla materiales educativos.

La tensión entre los dos brazos de la política de internacionalización – enseñar inglés y fomentar la divulgación del japonés – fue retomada en el informe del Consejo del Idioma Nacional de 1995 referido a la cuestión anterior. Igual que muchas publicaciones e informes del gobierno, no sólo en Japón sino en todo el mundo, que tomaron el final del siglo xx como punto de referencia dentro de sus áreas de responsabilidad, este documento tenía como tema principal el desarrollo de la política lingüística nacional para una nueva era. Su idea clave era que la política lingüística de Japón ante la escena internacional tenía que ser doble: aunque el inglés es cada vez más importante para la comunicación internacional, el mundo también necesita la diversidad y la riqueza de los idiomas individuales. Así pues, la política lingüística japonesa en el área de la internacionalización debería centrarse en el japonés en sí pero incorporar también otros idiomas. Esto no resultaba sorprendente, ya que las instrucciones del Consejo eran formular políticas y abordar las cuestiones relacionadas con el idioma nacional.

El Consejo esbozó varias estrategias para enseñar japonés como idioma extranjero dentro de Japón. Por ejemplo: las instituciones de TJFL tanto del país como en el extranjero deberían colaborar para desarrollar estrategias de gran alcance. Debería educarse a todo el mundo sobre el valor de la enseñanza del japonés a otros (presuntamente para superar la arraigada creencia de que el japonés es un idioma “especial” imposible de aprender para los no japoneses). Puesto que muchos extranjeros viven y trabajan en zonas de Japón fuera de las principales ciudades, la enseñanza del idioma debería fomentarse a nivel regional para ayudar a los diferentes organismos implicados a satisfacer sus necesidades lingüísticas. Además de destacar la necesidad de una investigación y un desarrollo continuos en la pedagogía y los recursos impresos, el informe también reconocía la importancia del apoyo tecnológico y sugería una base de datos con información sobre TJFL y la promoción de métodos de enseñanza multimedia capaces de llegar a una amplia audiencia (Kokugo Shingikai 1995: 449-450).

Conclusión

En este capítulo hemos visto cómo se ha desarrollado y se desarrolla la política lingüística de Japón en tres grandes áreas: la gestión del japonés para los hablantes nativos; el desarrollo de políticas relacionadas con la preservación de un idioma indígena en peligro y con la interacción de Japón con el idio-

ma extranjero más importante para sus negocios internacionales; y finalmente, las actividades apoyadas por el gobierno relacionadas con la enseñanza del japonés a otros. Éstas no son, evidentemente, las únicas cuestiones de política lingüística que se discuten en el Japón actual, pero sirven para ilustrar tres grandes temas de idioma e identidad considerados por el gobierno como un reflejo de las preocupaciones de identidad importantes para los diferentes sectores de la sociedad Japonesa. Observando la discusión, podemos ver claramente la manera en que las nociones de idioma e identidad han afectado al debate de Japón sobre planificación y política lingüísticas.

También podemos ver, a partir del fuerte acento que se puso en la política lingüística del siglo XX a las cuestiones relacionadas con la escritura, la perdurable tendencia a equiparar idioma e escritura de la que hemos hablado en los primeros capítulos. En muchos casos, durante el transcurso de este debate, cuando alguien decía “idioma” en realidad quería decir “escritura”; quizás ello pudo verse de la manera más clara posible en la combinación de caracteres con espíritu nacional durante los años ultranacionalistas. Según nosotros, esto subraya el largo papel que ha jugado el sistema de escritura japonés en esta construcción de la identidad nacional de la que hemos hablado más arriba, tanto durante los últimos cien años de debates políticos como mucho antes de ello, entre los círculos intelectuales. Evidentemente, la escritura no ha sido vista siempre de la misma manera. Para muchos ha servido como una marca de identidad cultural, intensificada como tal en tiempos de guerra. Al mismo tiempo, otros han visto en ella un ejemplo de la urgente necesidad de democratización del idioma escrito para así desarrollar una identidad lingüística moderna libre de las convenciones literarias del período feudal. En la era informática actual, la naturaleza del sistema de escritura continúa estando fuertemente vinculada a la identidad mientras la importante presencia del japonés en internet continúa aumentando rápidamente a pesar de las funestas predicciones de algunos de que tal tecnología obligaría a Japón a adoptar el alfabeto (p. ej., Hannas 1997), tal como veremos en el capítulo 7.

Además de ofrecer una perspectiva histórica, este capítulo nos ha permitido abrir una ventana a las cuestiones relacionadas con el idioma que preocupan actualmente en esta nación con una rica historia cultural y una potente aunque lingüísticamente condicionada presencia dentro de la escena internacional. Observando lo que el gobierno japonés decide enfatizar como importante dentro de sus ideas sobre el idioma, podemos ver qué cuestiones preocupan a la gente y cómo se ve ésta a sí misma en términos lingüísticos, desde la reducida área de la política lingüística ainu hasta las grandes cuestiones del perfil internacional del japonés y de la integración de sus hablantes en la escena internacional con idiomas diferentes del suyo propio. Hemos visto que el sistema de escritura japonés ha sido y continúa siendo un particular centro de atención dentro de los debates de política lingüística. El siguiente capítulo explica cómo funciona este sistema en el Japón de hoy en día.